

JOSÉ BELENGUER SERRANO

¿Y TÚ QUÉ HARÍAS POR AMOR?



¿Y TÚ QUÉ HARÍAS POR AMOR

José Belenguer Serrano

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

Epílogo

UNO

El taxista se alejó lentamente por el sendero asfaltado que serpenteaba entre los parterres. Tras atravesar la cancela dio un breve toque de bocina a manera de despedida, aplastó la grava del sendero privado, que crujió bajo las ruedas, y se perdió en la desierta carretera, dejándome solo frente al caserón.

La hora, poco más de las cuatro de la tarde de un junio cántabro.

Subí por uno de los lados de la doble escalinata los seis peldaños que conducían a la puerta principal, cargado con la bolsa de viaje en bandolera e izando a pulso la pesada maleta, cuyas ruedas resultaban inútiles en los escalones. Dejé el equipaje en el suelo y aferré la argolla de hierro de la aldaba, suspendida de las fauces de un león de bronce.

¿Había ido solo a visitar a mi abuela, la famosa escritora de literatura infantil, o también a lamerme las heridas en la espléndida soledad del caserón?

Hay en la verde Cantabria y en la no menos verde Asturias una suerte de palacios neogóticos, o, si se prefiere, casas señoriales construidas por indianos en el siglo XIX, cuando Isabel reinaba en España, que hoy ofrecen un aspecto vagamente siniestro. Así, el llamado Palacio de Partarríu, en el concejo asturiano de Llanes, fue utilizado por el cine para rodar una célebre película de terror. Y el casarón de mi abuela, una edificación solitaria junto a un bosque de hayas y robles, había sido proyectado por el mismo arquitecto. La fachada sin divisiones no dejaba ver las diferentes plantas que lo conformaban. Sobresalían los balcones con balaustres y las altas ventanas, todo ello coronado por una torre en la que se abrían dos grandes y gemelos ventanales. Tenía, sobre todo en las mañanas de niebla, un aspecto inquietante, aunque no para mí: entre aquellas paredes queridas habían transcurrido los veranos de mi infancia, y allí había nacido Albertina, la protagonista de las mejores y más divertidas novelas de mi abuela.

He dicho antes «lamerme las heridas» porque toda mi familia se había esfumado en una rápida sucesión de muertes absurdas. Mi abuela y yo nos habíamos quedado de pronto solos en el mundo. Ya no volveríamos a reunirnos en bodas y bautizos, ni a descorchar botellas de cava en Noche Buena. En poco más de un trimestre la muerte había diezclado a mi numerosa familia. El chupinazo que señalaba el comienzo de la orgía de sangre y muerte sonó cuando mi primo Paco se dejó la vida entre los pitones del miura, y quizá muchos recuerden las confusas imágenes en que le vimos morir durante la fiesta más internacional de España.

Mi primo Paco murió en un tramo de la mundialmente conocida calle Estafeta, corneado por un toro durante un encierro de los sanfermines. Salió en la tele y pudimos ver cómo perdía la vida en el telediario de la noche, aunque mi tía Amparo ya lo había visto en el telediario de las tres. Si no vio su muerte en directo, a eso de las ocho de la mañana, fue porque se había quedado dormida o, como decía ella, traspuesta.

—No se distingue muy bien entre el gentío —nos dijo tía Amparo, sentada en medio del sofá, con todos pendientes del televisor—; pero ese, sí, ese de la camisa blanca, el pañuelo rojo y el pantalón blanco...bueno, todos visten igual ...ese a quien el toro está ahora corneando con tanta saña, ese es Paco.

Hubo un momento en que pudimos reconocerlo sin sombra de duda, cuando el morlaco lo lanzó hacia el cielo en un derrote de su poderosa cornamenta y Paco quedó suspendido en el aire, sobre la cabeza de los mozos, igual que uno de esos peleles rellenos de paja que manteaba el populacho en las carnestolendas. Su pálido semblante expresaba más sorpresa que miedo, porque el toro zaino lo había enganchado de forma volandera. Cuando aterrizó sobre el adoquinado, ya lo había escogido como su víctima exclusiva y, ajeno al enjambre blanco y rojo de corredores que trataban de distraerlo y hasta apartarlo de su presa golpeándolo en los costados o tirándole del rabo, lo corneó porfiadamente contra el vallado de una talanquera hasta matarlo.

Por aquellos días el tío Augusto, que viajaba por Europa Central, fue arrollado por un tranvía, como Gaudí. Se dio la coincidencia de que el tranvía circulaba a 10 kilómetros por hora y que mi tío, uno de esos sabios distraídos, un momento antes había estado a punto de ser atropellado por una bicicleta y, para esquivarla, se lanzó contra el tranvía que venía de cruzar el río Moldava y descendía muy lentamente por los rieles, resonando. Exhaló su último suspiro con medio cuerpo tendido en las vías, mientras el conductor del tranvía, indignado por su despiste y arrastrándolo de los tobillos para apartarlo del carril, le insultaba en checo.

Las muertes de Paco y de mi tío Augusto abrieron la veda, por decirlo así. La dama de la guadaña decidió que su temporada de caza en mi familia acababa de inaugurarse.

Mi prima Violeta se ahogó en una piscina pública, rodeada de bañistas que jugaban a echarse agua, y su hermano Rafael murió por atragantamiento en un atiborrado restaurante: cuando ya tenía el rostro azulado y daba muestras de asfixia, no hubo nadie que le aplicara la sencilla maniobra de Heimlich; y cuando se desplomó inconsciente, a nadie se le ocurrió darle la respiración boca a boca, ni mucho menos utilizar un cuchillo o un simple boli para practicarle una traqueotomía. Entre los comensales abundaban los abogados y los políticos, pero ningún médico. Murió en menos de seis minutos por culpa de un gran trozo de carne que no pudo pasar por la tráquea.

El tío Jacinto, un amante del excursionismo de montaña, también murió corneado, como Paco, pero no por un miura, sino por un buey.

—Solo de pensar en tantas muertes me pongo malo —dijo el moribundo.

No era una muestra de ingenio, sino un chiste involuntario. Pobre abuelo. Estaba en la cama con la cabeza hundida en la almohada, y el resto de su cuerpo, un costal de huesos, oculto bajo el cobertor. Sus cabellos, que tantas mujeres habían acariciado, seguían siendo densos, dóciles y más blancos que la funda de la almohada. Miraba fijamente al techo, no porque lo identificase con el cielo y solicitase el favor divino, sino porque dada su postración y debilidad era el único lugar al que podía mirar sin torcer la fatigada cabeza. Cetrino, con el cuello y el rostro de un octogenario, los tendones descarnados como cables, no recordaba en nada al galán que había sido. Era evidente para todos nosotros que se aproximaba su salida de este mundo, o, mejor, dado que había sido un conocido actor de teatro, todos adivinábamos que su más que notable actuación en este mundo llegaba a su fin y que su siguiente y último movimiento, contenido entre paréntesis en las acotaciones del libro tragicómico del destino, sería hacer mutis por el foro. Mutis, telón y atronador aplauso general: fue un hombre bueno.

Poco después mis padres perdieron la vida en un accidente de coche. No vieron el camión de cinco toneladas que los arrolló en una curva de la carretera de Alcalá de Henares a Torrelaguna.

Seguí viviendo en nuestra casa de Madrid, solo. Contaba veintipocos años y las numerosas defunciones en mi familia —mi madre, mi padre, mi abuelo, mi tío, mis primos Violeta, Rafael y otros parientes con lo que apenas había tenido relación y que no he mencionado para no alargar la lista luctuosa—, ocurridas todas ellas en un lapso muy pequeño de tiempo, me pasaron una factura

adicional que yo no esperaba. Creía que mi juventud y mis ganas de vivir me ayudarían a superar aquellas pérdidas dolorosas. Pero entonces empezaron a ocurrirme cosas raras. Ocurrió que tuve el capricho de pasar una tarde paseando por los encinares de la Casa de Campo y pensé tomar el autobús de la línea 33, la más próxima a mi casa. Durante el trayecto, me detuve ante una agencia de paracaidismo. Era una especie de jaula donde se invitaba a la gente a inscribirse en un curso de salto en paracaídas. La atendía un muchacho detrás de un mostrador. No tenía pinta de paracaidista. Dudaba si entrar o no cuando me tocaron en un hombro.

—Hola, chaval. ¿Qué haces por aquí?

Quien me saludaba de esa forma tan campechana era un cura amigo del sector creyente de mi familia. Había otros dos sectores, el de los ateos practicantes, que luchaban sin éxito para que en España se implantase el laicismo, y el de los agnósticos, que iba a lo suyo y no polemizaban con nadie. El cura no sabía a cuál de estos tres sectores pertenecía yo. Como tengo cara de buen chico, supuso que pertenecía a la sección de los creyentes.

—¿Que, te vas a hacer paracaidista? —preguntó echando un vistazo a los carteles y fotos publicitarias que adornaban el escaparate.

—Lo estoy pensando —repuse.

—¿Qué te atrae del paracaidismo?

—Me gustan las emociones fuertes.

—Pues hazte misionero en Sierra Leona.

Fingí no haberle oído. Yo pertenecía al sector agnóstico, y en cuanto a mi cara de buen chico, ya se sabe que las apariencias engañan.

—Debe ser una experiencia inolvidable —dije— saltar del avión y que no se despliegue el paracaídas automático por algún fallo, precipitarte a una velocidad endiablada hacia la tierra contra la que ta vas a hacer papilla y tirar in extremis de la anilla de reserva, sin saber si funcionará o no.

—Pues ten cuidado —me dijo el cura—, no sea cosa que de tanto bajar del cielo se te olvide cómo se sube a él.

Este ingenioso consejo forma parte del repertorio de chorradas que les encanta a los curas. Después me confesó, quiero decir me comentó, pues el que confesaba era él, que la frase la había pronunciado Juan XXIII en una alocución que dirigió a unos paracaidistas italianos.

El cura se fue y yo estuve a punto de entrar en la agencia para recabar más información sobre los cursos de paracaidismo. Lo que me decidió a no hacerlo fue que la tiendecita la atendía un chico y yo en cuestión de compras o de inscripciones prefiero hablar con chicas. Antes de continuar mi camino, eché un último vistazo a una gran foto que adornaba la pared: un paracaidista, con sus gafas y su casco y todos los artilugios que utilizan en los saltos, planeando en el aire, como si fuera ingrávito como una pluma y flotara en una piscina de baldosas azules.

Cerca de la parada, había un autobús de otra línea, detenido ante un semáforo en rojo. Dos nucas eran visibles en la parte trasera del vehículo. Pertenecían a un hombre y una mujer sentados en la última fila. De pronto sus nucas giraron 180 grados simultáneamente, una hacia su derecha y la otra hacia su izquierda, juntando los rostros, y me observaron fijamente. Sentí un escalofrío, hubiera jurado que eran los de mis padres. Y entonces yo no soñaba, sino que estaba bien despierto bajo la marquesina de la parada. Si eran ellos y viajaban en aquel autobús, ¿de quiénes eran las cenizas que ocupaban uno de los miles de columbarios del cementerio de La Almudena tras una lápida con los nombres y las fotos de mis padres?

Tuve otras experiencias extrañas, rayanas con la alucinación, que no voy a describir porque

serían repeticiones de un mismo fenómeno. Y hubo también otras muertes inesperadas en el coto familiar, que tampoco voy a reseñar.

En ningún momento temí por mi salud mental. Necesitaba unas vacaciones con cambio de ambiente. Esa noche llamé a mi abuela y fue ella quien me invitó a pasar el resto del verano con ella en su palacio de Cantabria, donde, más que una atmósfera adecuada para pensar y poner orden en mis emociones iba a encontrar algo mucho mejor, el bálsamo que cura todos los males: el amor.

DOS

Así la argolla y la golpeé por cuatro veces, como solía hacer en mi infancia —tres golpes secos y rápidos y, algo espaciado, el cuarto— contra el tas, una especie de yunque en forma de media luna, con las puntas hacia arriba para atraer la buena suerte, según una superstición muy arraigada en todo el país.

En mi imaginación los golpes que yo propinaba con la anilla de hierro formaban una frase musical, sacada del scherzo de la Quinta de Beethoven. Nunca pude dilucidar si en realidad conseguía reproducir el genial motivo de cuatro notas tres cortas y una larga(ta-ta-ta-taa), o si solo existía en mi fantasía y quien captaba el sonido en el interior del caserón, lejos de oír la llamada del destino, solo oía a alguien aporreando en el llamador de la puerta y que no, no era el destino ni tampoco la muerte, sino un pelmazo pidiendo que se le abriera.

Pasaron un par de minutos. Las aldabas son más bonitas que los timbres modernos, pero menos eficaces. ¿Me habían oído? Teniendo en cuenta las dimensiones del caserón y el escaso personal que trabajaba en él, no podía esperar una rápida respuesta. Dejé pasar un par de minutos y volví a percutir la argolla contra el tas con golpes secos y espaciados.

El aire de la tarde era tibio y puro. Inhalé una gran bocanada, contento de haber vuelto a Cantabria.

Volví a llamar. Esta vez sí hubo respuesta. Para mi sorpresa, no me abrió un ser humano corriente y moliente, como era de esperar, sino un ángel implume. ¿Otra alucinación? Era Elena.

La cara de asombro y embobamiento que puse la hizo sonreír.

—Te estábamos esperando —dijo—. Pasa.

Cuando entré con el equipaje, mi abuela también acudió a recibirme. Estaba bajando las escaleras que comunicaban el vestíbulo con las regiones superiores del caserón. Me alegré de que no llevase un turbante y un vestido vaporoso, como la había visto en su última entrevista televisiva: las escritoras famosas no desdeñan las extravagancias y los excesos del divismo. Esta vez lucía unos pantalones oscuros, unas zapatillas blancas y un jersey de punto. A sus setenta y tres años, increíblemente bien conservada, delgada y ágil bajaba las escaleras con rapidez y seguridad gracias a su fidelidad al yoga. Aparecía en la contraportada de muchas revistas sentada ante su ordenador o paseando por el jardín con su perro, un terrier escocés que, también él, acababa de morir.

Me presentó oficialmente a Elena, lo que me autorizaba a besar sus fragantes mejillas.

Después de instalarme en mi habitación, la misma que ocupaba siempre en mis visitas, bajé a reunirme con ellas en la sala de estar, donde me esperaban para tomar café y charlar. Nos sentamos en torno a una mesa camilla. Además de las tazas de café, había una bandeja con pasteles, pues mi abuela era muy golosa. Se me cayó la cucharilla y al agacharme para recogerla tuve que levantar las gruesas faldas de la mesa y reparé en que el ángel implume calzaba unos mocasines rojos y me fijé en sus delicados tobillos y luego miré sus piernas, y eran tan bellas que al levantarme me golpeé la nuca con un saliente de la mesa y ni siquiera el dolor fue capaz de contener el avance irresistible del amor que nacía en mi pecho.

Momentos antes, mientras deshacía la maleta, ya me había hecho toda clase de ilusiones acerca de Elena. El flechazo, ese amor repentino y fulminante que tan pocas veces surge en la vida y que algunos ignorantes niegan, me había alcanzado en pleno corazón. Y esperaba que esa tarde ella también se enamoraría de mí.

Lo confieso, soy un iluso.

Los que no somos escritores también componemos novelas mentales cuando aparece una nueva mujer en nuestra vida, novelas que tratan de cosas que acontecen en el futuro inmediato y, aunque aparentemente pertenecen al género romántico, son más propias del género fantástico, no porque intervengan elfos, magos, dragones y gigantes, sino porque las historias transcurren en un mundo imaginario donde esa mujer que acabamos de conocer y empezamos a amar, nos corresponde sin más con idéntica pasión, como si fuéramos las dos mitades de ese andrógino platónico hendido por la envidia divina. Pero esas inesperadas candidatas a ocupar nuestro corazón rara vez se toman el trabajo de correspondernos, y nuestro amor recíproco no pasa de ser un breve y bonito ejercicio de fantasía.

Elena sí era escritora, aunque aún no había publicado nada. No era la primera vez que una jovencita que soñaba con la gloria literaria llamaba a la puerta de mi famosa abuela en busca de consejo o de intercambio de pareceres. Yo había conocido algunas y no me habían causado la menor impresión. Lo único que recuerdo de ellas es que todas tenían narices, cejas, boca y orejas. Visitaban a mi abuela porque era la más celebre escritora infantil viva. Elena era la primera a quien había invitado a pasar con ella el fin de semana. Me alegré inmensamente cuando me lo comunicaron e inmediatamente la fábrica de ilusiones que era mi cerebro se puso a funcionar: tenía dos días y pico para conquistarla. Si esa tarde se me escapaba viva, podría lesionarla mañana (el que la sigue la mata y, si no, la lesiona) y rematarla pasado mañana (en términos amorosos, claro), antes de su partida. Lo dicho, un iluso o, si se prefiere, un optimista.

Terminada la merienda, las dos mujeres se trasladaron a un sofá y yo elegí una mecedora situada frente a ellas.

De momento se olvidaron de mí y prosiguieron la conversación que mantenían antes de mi llegada.

—Bueno, querida, todavía no me has dicho si estás a favor o en contra —dijo mi abuela.

—A favor —repuso Elena.

—¿Con reservas? ¿Con excepciones? ¿Con...?

—Totalmente a favor.

—Estamos hablando de los cuentos de hadas, de esos cuentos tradicionales que te contaba cuando eras niño —me dijo mi abuela, que no quería excluirme de la conversación. Con su sagacidad, más de mujer que de escritora, ya se había dado cuenta del efecto que su joven colega había causado en mí, y para que yo participase y opinara me explicó:

—Muchas personas del oficio condenan los cuentos de hadas.

—¿De veras? —me sorprendí—. ¿Por qué?

—Alegan que no es bueno contar a los niños historias en que una fiera se come a una abuelita, o que contengan inmoralidades en cadena, como Blancanieves, o que ...

—Qué tontería —dije.

—Yo también creo que se equivocan, pero esas peesonas son partidarias de ofrecer a los niños solo historias educativas con moraleja.

—Pues yo recuerdo que nunca me cansaba de escuchar el cuento de Caperucita Roja, que metida en la cama con el lobo le preguntaba por qué tenía los dientes tan largos y...

Una mirada desdeñosa de Elena me recordó la importancia del silencio. Si volvía a decir otra tontería, solo yo sería el culpable de hacer imposible su conquista. Me ordené estar calladito hasta no tener la seguridad de decir algo inteligente e ingenioso, algo que la hiciese asentir y sonreír.

—Yo también creo —terció mi abuela— que se equivocan los partidarios de ofrecer a los niños solo historias educativas.

—A los niños no hay que manipularles, sino divertirles —dijo Elena—. Un buen cuento no debe terminar con una lección o una enseñanza. Todos los niños deberían leer *Hansel y Gretel* —añadió con entusiasmo—. Si incluimos, además, *Barbazul*, el marido monstruoso por antonomasia, *Jack*, *La guardadora de gansos*, *Juan sin miedo*, *Blancanieves* y una buena selección de cuentos donde combaten sin tregua el bien y el mal, podríamos ofrecer a los niños la balzaquiana Comedia Humana en versión infantil, pues si Balzac nos muestra el alma ruin de banqueros, avaros, estafadores, políticos tráfugas y periodistas venales, los cuentos familiarizan a los niños con lo que les espera, mostrando brujas, madrastras, criminales y ogros. Es decir, mostrando el mundo.

—Sin moralejas explícitas —convino mi abuela—. El mal se encuentra omnipresente en los cuentos de hadas, al igual que la bondad, y es el niño quien debe decidir qué tipo de persona quiere ser. Yo añadiría a tu lista, que está bastante bien, otros cuentos interesantes: *Bucles de oro*, *Rojaflor*, *La bella durmiente*... No estoy muy segura de que *Barbazul* pueda considerarse un cuento de hadas. Pero estoy de acuerdo contigo que todos los niños deberían conocer *Hansel y Gretel*.

Elena se puso a comentar el pasaje en que la bruja decide comerse a Hansel, estimando que ya lo había engordado convenientemente, y manda a Gretel a comprobar si el horno ya estaba listo para cocinar. La niña se da cuenta de que puede tenderle una trampa y, astutamente, logra que la bruja se asome al horno. Al instante, Gretel empuja a la bruja y cierra el horno. Qué lista y qué valiente.

—Los niños —concluyó— aprenden más con los cuentos de hadas que con todas las fábulas con sobredosis de moralina.

En su defensa de los cuentos de hadas explicó que la expresión «érase una vez» sugiere que los hechos que se narran, si no ocurrieron realmente, no dejan de ser de alguna manera verdaderos y se invita al niño a que confíen en que las pequeñas hazañas tienen su recompensa.

Se puso a comentar los ardides que los héroes infantiles de algunos cuentos de hadas empleaban para sobrevivir, o para salir de un apuro, o para alcanzar el éxito. Yo la escuchaba embobado y ella se dio cuenta de mi entregada atención y eso la animaba a seguir hablando.

Cuando terminó de exponer sus argumentos, sonrió triunfalmente y yo, por mi parte, concluí que estaba un poco chiflada; bueno, un poco no: bastante chiflada, es decir, que éramos almas gemelas y que, definitivamente, ya no podría vivir sin ella.

Cuando observaba el reloj de pared, uno de esos relojes de péndulo cuya visión retrotraía a épocas lejanas, porque tenía una figura mitológica que sostenía la esfera en la que sobre un fondo biselado relucían esmaltadas las cifras romanas de las horas, me sorprendía lo rápido que avanzaba el tiempo. ¿Era que aquella antigualla tenía el mecanismo descompuesto y corría más veloz que los relojes de cuarzo? No. Era que la presencia de Elena no me dejaba percibir el paso normalmente lento del tiempo. Con ella en la misma habitación todo parecía volar: las fantasías de amor, la esperanza de felicidad y las Horas.

Apenas intervenía en la conversación, respondía con monosílabos si mi abuela me hacía alguna

pregunta para incluirme en la plática. Prefería mi papel de observador. Me limitaba a comerme con los ojos a Elena, exquisita como una flor. Tenía el cabello negro y corto, con un flequillo que le caía graciosamente sobre la frente y una nariz recta que me maravillaba por su perfección. Hubo un momento en que no pude dejar de mirar su boca, la abría, la cerraba, la entreabría, a veces la punta rosada de su lengua asomaba y se paseaba por los labios. Sentía enormes deseos de besarla. Era tan hermosa como Blancanieves. Sus ojos cambiaban de tonalidad: a veces eran castaños y a veces tenían el color claro del hidromiel y en su rostro iluminado por el arrebol destacaban sus pómulos altos y marcados. Si ella hubiera sido Caperucita y yo el lobo, también me la habría comido.

De pronto, para mi propia sorpresa y cuando las dos escritoras ya se habían acostumbrado a mi papel de mudo admirador, rompí a hablar imprudentemente. Y, además, para dar una opinión que nadie me había solicitado. Los calladitos como yo, cuando queremos hacernos notar y se nos desata la lengua, no sabemos qué cantidad de tonterías y locuras seremos capaz de soltar, hasta que recuperamos la cordura y volvemos a cerrar la boca, avergonzados. Además, quebraba mi promesa de no hablar hasta que tuviera algo interesante que decir. Comencé el parloteo con una burda adulación. Manifesté que yo también amaba los cuentos infantiles y que me gustaban todos, con hadas y con brujas, con madrastras y con dragones, con príncipes azules y con ogros. Que, sin embargo, tenía un cuento que era mi preferido, un cuento que cada vez que lo leía me emocionaba y que me hacía pasar de la tristeza a la felicidad. Un cuento que se me figuraba mucho mejor que Hansel y Gretel, agregué para molestarla. Esto me lo acababa de inventar con el fin de captar la atención de Elena, que cayó en la trampa: quiso saber qué cuento era ese. Ahora era ella la que estaba pendiente de mí y de mis revelaciones. Mi abuela sonreía en silencio, alentando mi conversación con ella. Hay una vena celestinesca en el género femenino, de la que no carecen ni siquiera las mujeres más sofisticadas.

El problema es que yo no tenía ningún cuento favorito. Menos mal que no dije *El flautista de Hamelín* que ella detestaba, según me confesó en otra ocasión, porque en la versión original termina con los niños ahogándose en el río Weser, donde previamente el flautista había ahogado a las ratas, y me vi en el aprieto de elegir entre los muchos cuentos que me habían contado o que había leído. Y mientras ella, Elena, el hada más bella, seguía pendiente de mi revelación, yo estaba en uso de la palabra sin saber qué decir.

Los cuentos de hadas son como los evangelios: nadie sabe quién y cuándo los escribió originalmente. La primera versión de la Cenicienta, poseedora de un pie exquisitamente chiquito, podría haber sido escrita por un chino en un siglo remotísimo.

Retrocediendo al paraíso de la infancia, desfilaron por mi mente en confuso tropel leñadores y princesas, y guisantes y calabazas que se transformaban en carrozas, y vi niñas perdidas en el bosque, y pájaros que se comían el rastro de migas, y cabañas habitadas por brujas, y madrasas muy buenas y madrastras muy malas, varitas mágicas, y animales parlantes, y llaves que abrían puertas prohibidas, y escenas imposibles como Campanilla revoloteando en torno a Alicia, y hadas infantiles, hadas viejas, hadas amigas de hacer favores y hadas perversas, y cuentos de hadas sin hadas. Pero toda aquella afluencia de imágenes no me llevaba a ninguna parte. Me había perdido en el bosque frondoso de los recuerdos y no encontraba la salida. Estaba a punto de decepcionar a Elena. Había despertado su curiosidad para nada. Los últimos cuentos que había leído y que conservaba más frescos en mi memoria no era precisamente infantiles y tenían que ver menos con hadas madrasas que con sonrisas verticales. Si atraes tramposamente la atención de una mujer a la que acabas de conocer y a renglón seguido la decepcionas con una necedad, estás

perdido: ya nunca la conquistarás. Es un error imperdonable suscitar expectativas para luego defraudarlas. Pero no todo estaba perdido si conseguía salir airoso del embrollo en que yo mismo me había metido.

Me prohibí elegir *Cenicienta* por ser quizá el más popular de los cuentos de hadas. Tenía que elegir otro. Pero ¿cuál?, ¿cuál?, ¿cuál? Estaba a punto de quedar como un imbécil.

De pronto, llegó la inspiración:

—¡El patito feo! —exclamé.

Respiré aliviado: si aún no podía considerarme salvado, al menos ganaba tiempo y ofrecía, en lugar de nada, un hueso duro que roer. Elena se dio tiempo para considerar mi predilección, sin sumarse a ella, pero tampoco sin rechazarla. Quiso saber por qué razón, entre todos los cuentos, yo prefería el del patito feo. Despertar la curiosidad de alguien es un punto a tu favor; pero si la defraudas, te precipitas en la catástrofe. Y entonces me entregué a una larga y peligrosa— por incierta— improvisación que no perseguía otro objetivo que el de hacerle ver que yo era un hombre especial, la mar de sensible e inteligente, un hombre del que valía la pena enamorarse.

Al principio no supe muy bien lo que decía, pues sus ojos castaños me miraban con tanta atención que me confundían las ideas y me hacían caer en contradicciones e incongruencias. Y, para reponerme antes de que se notase mi desconcierto y disponer de una línea argumental sólida a la que agarrarme, lancé un ataque sin piedad contra la Señora Pata. La Señora Pata era una madre vanidosa y cruel. Una mala madre. Pocas madres tan malas encontramos en los cuentos infantiles como la Señora Pata. E igualmente odiosas eran sus amigas del corral. ¿Es que no había en el mundo patas como Dios manda? Pase que se congregaran ante el nido para presenciar la eclosión de los nuevos patitos. Pase que graznaran con alborozo cada vez que se rompía el cascarón y aparecía un tierno patito. Pase que celebrasen con entusiastas cuac-cuac cada nacimiento. Pase el batir de alas y el ruidoso parpar...Pero ¿por qué ese disgusto en el último nacimiento? ¿Por qué ese desprecio, esa frustración, esa decepción? ¿Acaso porque ese pobre patito era más grande de lo normal, más feo y más desgarrado? Aquí se podría aplicar lo que se dice en otro cuento, no recuerdo cuál, pero que me parece muy acertado: «Os reís de mí porque soy diferente, yo me río de vosotros porque sois todos iguales». El momento más cruel del cuento es cuando la Señora Pata, avergonzada de su último hijo, lo rechaza con el ala. Y el patito feo se queda tristísimo porque se da cuenta de que allí no lo querían. Aunque el patito feo acababa de asomarse al mundo, debió intuir que hay cosas más importantes que la comida y el refugio: la necesidad superior a todas las demás de amar y ser amado. Y al patito feo le negaron el amor desde el momento mismo de su nacimiento. Es una historia desgarradora. Me imaginaba la dolorosa escena: el recién nacido trotando con andares de pato (nunca mejor dicho), esperanzado y feliz en busca de su madre, y ella lo repele con el ala, lo rechaza y prácticamente lo repudia. ¡Lo repudia por feo! Es para echarse a llorar. Qué incomprensible crueldad. Qué mundo tan horrible. ¡Unas meras convenciones estéticas aniquilando el instinto maternal y condenando a un recién nacido al desprecio, la soledad, el desamparo y el desamor!

Y me atreví a decir que aquel repudio no era un caso aislado, sino que era un símbolo de la crueldad universal, una alegoría que plasmaba el menosprecio a los diferentes. Todos, alguna vez, hemos sido rechazados. Todos hemos sufrido el ostracismo y el aislamiento. A todos nos han dado la espalda cuando pretendíamos ser amados. A todos nos han cerrado las puertas del corazón en las narices. ¿Os acordáis de aquella película que relata la sublevación de los esclavos contra Roma y de la memorable secuencia en que los derrotados van poniéndose en pie, uno tras otro, y golpeándose sonoramente el pecho desnudo con el puño gritan «¡Yo soy Espartaco!»? Pues

nosotros, camaradas en el agravio, repudiados injustamente, también podemos levantarnos y gritar valientemente ante los generales arrogantes de este mundo: «¡Yo soy el patito feo!».

A estas alturas el desbarre era lastimoso. El final iba a ser peor, si cabe.

Por lo pronto, seguía reteniendo la atención de Elena. Descubrí otra cosa que me gustaba de ella. Se abandonaba a todo tipo de posiciones naturales y espontáneas, sin poses estudiadas. Sostenía su linda cabecita sobre una mano y toda la parte superior de su cuerpo parecía tener tendencia a ondularse e inclinarse hacia los costados. Nunca la vi enhiesta como un palo.

Para que mi éxito no fuera efímero tenía que involucrarla en algún tipo de tarea en la que yo también participase de alguna manera, una empresa común que exigiera que nos volviéramos a reunir, porque se me figuró que lo importante en la vida es que estuviéramos juntos, y entonces le hice una petición. Ya que era una escritora especializada en cuentos para niños, una especialización francamente difícil que requiere un talento y una sensibilidad muy especiales (a las mujeres les encanta que les regalen el oído), ¿por qué no escribía una nueva versión del cuento? Si los hermanos Grimm y otros famosos cuentistas escribían nuevas adaptaciones de historias cuyo nacimiento se perdía en la noche de los tiempos (cómo me gusta esa expresión: ¡la noche de los tiempos!), ¿por qué ella no hacía lo mismo con el patito feo?

Cuando me pregunto qué cambios me gustaría ver en aquel cuento, me superé a mí mismo en la caída libre hacia el país de los disparates. El amor nos trastorna, no cabe duda.

Lo primero que apunté, para no contradecirme, es que el final del cuento, cuando el patito feo descubre que es un cisne y se une en el lago a una mamá cisne y sus crías, ante los ojos atónitos de los patos, ese final había dejado de satisfacerme. Ya no me hacía feliz. Algo fallaba en él, se había quedado... cómo lo diré... demodé.

Resumiré lo que dije a continuación en el ataque de verborragia más ridículo de mi vida: la nueva versión de El patito feo tendría que estar más acorde con los tiempos modernos. Los niños de hoy ya no son tan ingenuos, ni tan ñoños, ni tan cursis como en los tiempos de María Castaña. Los niños modernos no se caían de un árbol ni lo hacían por el pozo de la madriguera en pos del Conejo Blanco, sino que navegaban por el mar de los sargazos de internet. ¿Por qué hemos de suponer que un niño de nuestros días babosea de admiración por un puñetero cisne? Antes que ver cisnes deslizándose por estanques malolientes de aguas turbias, prefieren zamparse unas alitas de pollo en el McDonald's más cercano. El tamaño desproporcionado del patito feo no obedecía a que en realidad era un cisne. No y mil veces no. ¿Entonces, por qué el patito feo crecía con mucha más rapidez que sus hermanitos y cada vez era más feo y, sobre todo, más desgarbado? Muy sencillo. ¡Porque era un pterodáctilo! Y aunque era un pterodáctilo bueno, no podía dejar impunes los desprecios y humillaciones que le habían infligido. El cuento tenía un final feliz y moderno: el pterodáctilo se comía a la Señora Pata, a las comadres del corral, a los patitos y a todos los bichos vivientes de la granja, incluyendo las perdices. Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Curiosamente (quién entiende a las mujeres) no le desagradó mi estrambótico discurso. Resultó que éramos tal para cual. Ya lo decía el sastrecillo valiente: siempre hay un roto para un descosido.

Nos casamos al mes siguiente.

TRES

¿De dónde proviene la expresión luna de miel? He leído en alguna parte que, en la antigua Roma, era costumbre que la madre de la novia dejara en el dormitorio donde iban a dormir los recién casados una vasija con miel. La miel se asociaba a las dulzuras matrimoniales y a la fertilidad.

De la miel solo conservamos el nombre porque su dulzura incorruptible y las propiedades vivificantes que estimulan la fertilidad ya no las necesitamos en una época de planificación familiar; y en las habitaciones donde los novios supuestamente van a llevar a cabo su primera cópula, la vasija que contenía esa sustancia viscosa y muy dulce que producen las abejas ha sido sustituida por una botella de champán, que, enfriándose en un barreño con hielo y agua, fue el regalo de bienvenida con el que nos obsequió el hotel de Cancún.

El breve tiempo que Elena y yo estuvimos casados no hicimos otra cosa que viajar, indiferentes al hecho astronómico de si en el cielo nocturno brillaba la luna llena o una luna menguante. En nuestra luna de miel, además de las dulzuras renovadas días tras día con incansable entusiasmo, nos salpicó también un incidente amargo —luna de miel, luna de hiel— relacionado con los celos y con un intrincado episodio de si hubo o no hubo un caso flagrante de infidelidad. No adelanto nada acerca del adulterio consumado en plena luna de miel, ni cuál de los dos fue el presunto infiel, ni se merecía o no el nombre de adulterio. A veces las cosas no son tan simples. Los juicios son tan subjetivos que estoy seguro de que cuando relate los pormenores del adulterio de marras, algunos encontrarán en él una causa más que suficiente para disolver el vínculo matrimonial y otros sonreirán comprensivos y, tolerantes, exigirán la absolución del culpable y la continuación de los dulces lazos.

Elena era más vitalista que yo. La recuerdo corriendo por las playas blancas de Quintana Roo, o esquiando sobre el agua detrás de una lancha motora, o despertándome al amanecer para ir de excursión a las pirámides de no sé qué sitio de la Riviera Maya de nombre impronunciable.

Lo confieso, soy un poco gruñón y a veces refunfuñaba con el trajín de los viajes. No me gustaban las prisas por los aeropuertos, con las maletas rodando tras de nosotros. Pero como murió tan pronto (y tan absurdamente), los recuerdos que me quedaron de ella están asociados a paisajes exóticos, a días radiantes en paraísos tropicales, a risas y juegos...

Una mañana, mientras desayunábamos en el hotel, sentados en una terraza con vistas al Caribe, Elena dijo:

—Te voy a dar el día libre. Espero que te portes bien.

—¿El día libre? ¿Qué quieres decir?

—Que hoy nos separamos. Yo voy de compras y no pienso cargar contigo, que pones mala cara y gruñes cada vez que entramos en una tienda. En el centro de Cancún hay un gran mercado de artesanías, no voy a cometer el error de llevarte conmigo. Sin embargo, he pensado lo que podrías hacer a lo largo del día. —Desplegó un folleto turístico y con el índice dio unos golpecitos sobre el folleto—: Cozumel.

—¿Cozumel?

—Cozumel. Te vas a playa del Carmen y desde ahí sale un ferry que te dejará en Cozumel en menos de una hora. ¿Qué encontrarás en Cozumel? Una de las islas más bonitas del mar de las Antillas, un clima ideal, una atmósfera sana, limpiada por los vientos continuos del mar del Caribe, playas arenosas en el este, bosques en el oeste, lagunas...

—Para, cicerone. No pienso ir a Cozumel.

—¿Entonces, ¿qué piensas hacer hasta las ocho de la tarde, que es cuando yo volveré al hotel?

—Hay más islas en el mar, ¿sabes?

—¿Por ejemplo?

—Isla Mujeres.

Elena se inclinó sobre su amplio bolso de playa en el que almacenaba quién sabe qué cosas y extrajo nuevos folletos que leyó en voz baja, tiempo que utilicé para dar cuenta de mi desayuno

—¿Estás seguro de que quieres ir a Isla Mujeres? —preguntó después de haberse informado—. ¿Es una decisión firme?

—Sí.

—Pues has elegido bien. Está más cerca que Cozumel. Si tomas el ferry en Puerto Juárez, aquí en Cancún, la travesía dura quince minutos.

Leyó algunos fragmentos de la historia de la isla, tan atractivos que parecían, más que hechos históricos, eslóganes publicitarios: «las mujeres mayas debían hacer un peregrinaje a la isla como parte de su paso de niña a mujer» ... «también fue un refugio de piratas» ...

—Además —añadió mostrándome la foto de un pequeño vehículo sin puertas y con un toldo en la parte superior—, para recorrer la isla puedes alquilar un carrito de golf. Casi me dan ganas de acompañarte. Sí, pasarás un día estupendo en esa isla. ... «Sus aguas tibias y transparentes —leyó— son el hogar perfecto para los delfines y tortugas, y nadar con ellos es una de las más atractivas actividades que pueden realizarse en Isla Mujeres» ... ¿Te imaginas nadando entre delfines?

Aproveché para contarle un viejo chiste que seguramente no conocía. Le pregunté qué podía hacer para salvarse de morir ahogada si caí al agua desde un bote, desde un ferry o, mejor todavía, desde un transatlántico sin ser vista y, por lo tanto, sin que nadie pudiera socorrerla. Arrastrada por las corrientes turbulentas, imagínate exhausta, le dije pintando una situación desesperada, sola entre las olas y sin un amistoso delfín que te permita agarrarte a su aleta dorsal para depositarte en la costa. ¿Qué harías, eh, qué harías, insistí, si te encontrases en medio de un mar agitado, agotada de braccar inútilmente, sin fuerzas para mantenerte a flote y presintiendo el fin inminente? Porque era posible, le aseguré, salvarse de morir ahogado en una situación extrema si se ponía en práctica un recurso infalible y que muy pocos conocen. Un recurso que salvaría muchas vidas si se enseñase en las escuelas o fuese de dominio público. ¿Romper a rezar? No, al cielo llegan demasiadas oraciones para ser atendidas y la tuya, además, se perdería entre los bramidos del mar enfurecido. ¿Pedir auxilio? Nadie podría oír tus gritos. Entonces, ¿cuál es ese recurso, esa treta maravillosa, desconocida y salvadora? Muy sencillo y al alcance de cualquiera: llorar. ¿Llorar? Sí, así de fácil: echarse a llorar. ¿Por qué, para qué? ...Pues, sencillamente, porque el que llora se desahoga.

Ni siquiera de digno premiarme con una sonrisa. Llamé al camarero y firmé la cuenta.

Mientras Elena malgastaba el día yendo de compras en Cancún, yo recorría Isla Mujeres con el carrito de golf. Primero visité el pueblo, luego las playas de Na Balam, donde vi por primera vez a la desconocida. Su largo cabello negro azabache brillaba al sol. Llevaba un traje de baño de una pieza, gafas de sol y una pamelita de playa de grandes alas. A diferencia de las bravías costas cántabras, en Isla Mujeres se puede caminar por el mar sin correr el menor peligro. Es raro encontrarse con una mujer bella y solitaria: las beldades, como las flores, siempre tienen algún moscón zumbando a su alrededor.

Avanzaba despreocupadamente mar adentro y el agua azul turquesa le llegaba a las rodillas, como si el mar fue una inmensa piscina para niños. Hubo un momento en que tuve la impresión de que me miraba atentamente, porque detuvo su paseo con el agua en el inicio de sus muslos dorados, se quitó las gafas y fijó sus ojos de un azul imposible en mi humilde personita. Yo estaba de pie en la arena fina y blanca, muy cerca de la orilla, y seguramente me habría reunido con ella si no me lo hubiera impedido mi condición de recién casado.

Se puede vivir, y la mayor parte de la humanidad lo hace, con un solo cónyuge, pese a nuestra condición de polígamos, como algunos pueden reducir su alimentación a la ingesta de verduras, bayas y frutas, pese a ser omnívoros por naturaleza. Yo me considero un monógamo vocacional, de ahí mi resistencia a ser considerado un adúltero a partir de lo que estaba a punto de ocurrir. Me niego a perderme en sutilezas enrevesadas, como esa de un papa moderno que afirmaba que comete adulterio en el corazón quien mira de manera concupiscente a su propia esposa.

Lo cierto es que resistí el primer ataque. Yo no soy un picaflor, soy un hombre leal. En lugar de reunirme con la desconocida, que parecía estar esperándome con el agua lamiéndole la cintura, di media vuelta, me subí al carrito de golf y me fui a conocer otros lugares de la isla.

A eso de las tres de la tarde ya estaba de nuevo en la habitación del hotel, duchándome. Llamaron a la puerta. Pensé que Elena había olvidado la llave, aunque no la esperaba hasta las ocho. Me envolví en una toalla y abrí. No era Elena. Era la *femme fatale* de Isla Mujeres, en un tanga. Lo primero que me llamó la atención de aquella prenda era el diminuto triángulo de la parte delantera y el casi invisible hilo de tela que dejaba al aire unas nalgas maravillosas. Lo segundo, su melena larga y ondulada que le tapaba un lado de la cara y le caía sobre los senos. Una espléndida mata de pelo que le ocultaba un ojo con un mechón rebelde y nada tenía que ver con el corte a lo *garçon* de Elena. Naturalmente, el color de su cabello era rubio platino. No podía ver sus ojos, ocultos tras unas gafas de sol, pero recordaba su color azul claro. La escena que aconteció a continuación fue completamente muda. No me dio tiempo a preguntarle qué deseaba: colocó su mano abierta sobre mi pecho desnudo y mojado y me empujó al interior de la habitación. Cerró la puerta con el pie. Era la nueva dueña de mi habitación. Divirtiéndose con mi asombro, se paseó arriba y abajo, como Petra por su casa. Me pareció mucho más alta que Elena, aunque es verdad que llevaba unos zapatos de tacón de aguja, sin puntera, por lo que se veían las uñas de los pies pintadas de un rojo oscuro, como el que usaba Cleopatra según Plutarco. Elena no se pintaba las uñas, ni siquiera las de las manos, ni usaba tangas, ni se exhibía casi desnuda ante mí, su marido. ¿Acaso por una peculiaridad propia o porque son así de recatadas todas las escritoras que escriben para niños? ¿Las hadas no usan laca coloreada para embellecer sus uñas? ¿Solo las madrastras? ¿Y Blancanieves? Sobre Blancanieves y también sobre los apetitos carnales de las hadas tengo algunas dudas que exponer, pero no es el momento. Lo cierto es que, dejando a un lado las madrastras, las mujeres fatales sí se pintan las uñas de los pies y aquella intrusa tenía toda la pinta de ser una verdadera Salomé.

En mi adolescencia había tenido fantasías sexuales en la que una mujer dominante, venciendo

mi cortedad, mis remilgos y mis creencias religiosas defensoras de una castidad inhumana, me seducía sin contemplaciones. La virtud vencida por la seducción. La castidad malparada por la lujuria. El triunfo de la naturaleza sobre las reglas morales, el instinto sexual cabalgando a rienda suelta.

Con un empujón todavía más desconsiderado que aquel con el que me apartó de la puerta para introducirse en la habitación, me derribó sobre la cama, recién arreglada por la recamarera. Y acto seguido hizo exactamente lo que yo deseaba y ella sabía que yo deseaba sin necesidad de poderes telepáticos. Me arrebató la toalla con un energético tirón y se sentó a horcajadas sobre mí.

Dios santo, iba a ser violado. Era la primera vez que una fantasía sexual de la adolescencia se convertía en realidad. No podía creer en mi buena suerte. Por fin una beldad desconocida iba a tomarse el trabajo de violarme. En todas las vidas, incluso en las más anodinas, ocurre alguna vez un milagro.

Desde esa posición de jinete dominante, firme y estable —no se me hubiera ocurrido jamás rebelarme contra su dominio —parecía disfrutar de mi pasividad y de mi indefensión.

Si me entretuviese es describir las expresiones de arrobamiento de, por ejemplo, un creyente frente a la imagen de un supuesto santo, se diría que intento describir la devoción. Pero si me detuviera en contar algunos detalles de lo que ocurrió en aquella cabalgada desenfadada hacia la felicidad, me acusarían de pornógrafo.

¿Por qué esa diferencia de criterios? ¿Por qué una cosa es loable y la otra censurable? ¿Qué asunto digno de elogio lleva a cabo cualquier creyente de rodillas ante una imagen? Normalmente una transacción, un negocio, un pacto que consiste en solicitar algo importante para él a cambio de algún tipo de sacrificio. En definitiva, una variante del viejo *do ut des*, latinajo que significa “dame y te daré”. Y nadie pone objeciones contra operaciones mercantiles entre seres naturales y sobrenaturales, pero sí contra la concupiscencia y la delectación sensual entre ejemplares de la misma especie.

Que el orante solicite directamente a la divinidad o a través de un intermediario o de un influyente subalterno determinados favores, como la curación de una enfermedad, nos parece muy bien a todos; pero ¿y cuando el favor consiste en cambiar los sentimientos y emociones de otra persona para que corresponda a un amor que no ha deseado ni solicitado? ¿Por qué torcer los sentimientos naturales y obligar amar a quien no ama? ¿Por qué San Antonio o San Expedito intervienen para que un pobre hombre caiga en las redes de una solterona? ¿No hay cosas más provechosas que hacer en el cielo? Y, yendo más lejos, ¿es admisible que un ser profundamente egoísta solicite el favor divino para que cambie el resultado de las bolas de un bombo de lotería y que salga premiado con el gordo el número que él juega en perjuicio de los que habrían ganado sin trampas divinas? No hablo aquí de cohecho, soborno (le toca el gordo de la lotería a cambio de no comer carne en cuaresma, por ejemplo), tráfico de influencias y otros delitos que se cometen constantemente en este mundo, y particularmente en España, sino de algo que va más allá del código penal. Hablo de un tejemaneje criminal. Si la oración para que te toque la lotería es escuchada, ¿no conlleva una injusticia contra todos los que han comprado otro número y un auténtico despojo a quienes habrían ganado el premio sin amaños sobrenaturales? Conclusión: la mendicidad a seres sobrenaturales está mejor vista que el placer de los sentidos, y los censores solo consideran obsceno el segundo.

Yo no compro lotería y correré el riesgo de que se me tache de pornógrafo. Nos habíamos quedado en que ella me había derribado sobre la cama y se había sentado a horcajadas sobre mí,

yo totalmente desnudo, ella con el tanga, es decir, también desnuda. Al principio, con ese órgano...en fin, tampoco hace falta llamar a las cosas por su nombre, ese órgano que para algunos hombres, entre los que me encuentro yo, es todavía más importante que el cerebro, cautivo entre sus piernas, concretamente en la húmeda ergástula de donde ningún esclavo ha conseguido escapar conservando su rígida entereza, empezó la amazona a moverse con tanteos de prueba, casi melindrosa, como quien acaba de alquilar una montura y necesita probarla antes de arriesgarse a trotar. Desde mi posición decúbiteo supino yo la observaba con ojos vidriosos, esto es, incapaces de mirar con atención nada externo porque estaban mirando hacia adentro, hacia las sensaciones que anunciaban la visita del placer, que estaba como quien dice tocando el timbre de mi puerta, y, sin embargo, recuerdo que descubrí que mi jinete seguía con las gafas de sol puestas y alcancé a ver cerrados sus ojos bajo la montura inferior, lo que debió aumentar la vidriosidad de los míos, no porque me contagiase su deseo, pues ya estaba infectado, sino porque me lo aumentaba todavía más. De los cautos tanteos pasó a lo que en equitación llaman paso, es decir, impuso una cadencia. Una cadencia que era toda una promesa de felicidad. Una promesa que ratificó con cambios de velocidad. Del paso pasó al trote, del trote pasó al galope y del galope pasó a una carrera desenfrenada, con gritos que no pertenecía a la hípica, sino a la expresión inconsciente de un placer *in crescendo* y a la esperanza de su próxima y máxima culminación en la meta del orgasmo. La parte superior de su cuerpo se mantenía enhiesta, como la llevan los buenos jinetes, y con sus manos aferraba mis tetillas y los vellos de mi pecho, como si allí estuvieran las riendas, cuando en realidad el control de la cabalgadura no era manual, sino que dependía de la presión de sus muslos de caballista y de su centro de gravedad. Si hubiera tenido una fusta me habría golpeado para azuzarme. Lanzó el último alarido, poniendo fin a la escandalera de los gemidos, y se derrumbó hacia adelante y, tras una pausa de desfallecido reposo, como si conociera mis debilidades y no quisiera posponer más tiempo mi premio, que era mucho mejor que un terrón de azúcar, introdujo su lengua en el pabellón de la oreja y con eso le bastó para llevarme de golpe a *Wonderland*.

Agradecido y tierno le pregunté después de una larga pausa de inefable dicha:

—¿Cómo te llamas?

Yo esperaba oír un nombre bonito, quizá un nombre de cuento de hadas— pues había viajado por el país donde las casitas son de chocolate y caramelo—, un nombre como Gretel o Bella, y no podía esperar que, en lugar de presentarse, me cruzase la cara con una bofetada iracunda, aprovechándose de la sorpresa y de la situación ventajosa que le daba seguir sentada sobre mí.

—¿Que cómo me llamo, hijo de puta? —Aquí con su mano derecha me abofeteó el carrillo derecho y luego con un revés de tenista el carrillo izquierdo—. ¡Pues te lo voy a decir, mamarracho!

Se quitó las enormes gafas de sol de estrella de cine, que le tapaban media cara, y la peluca, pues eso era la larga y ondulada cabellera, y todavía desde su posición dominante, pues seguía sentada a horcajadas sobre la silla de montar, esto es, sobre mí, dijo:

—¡Elena, cabrón, me llamo Elena!

Fue el primer encontronazo que sufrimos en nuestro breve matrimonio. En la discusión que tuvo lugar a continuación me acusó de haberla engañado con otra mujer en plena luna de miel. Aunque yo aduje en mi defensa que esa otra mujer era ella, luego no había cometido adulterio y seguía siendo un marido fiel y técnicamente monógamo, Elena, que en aquel momento de rabia se asemejaba más a una bruja que a un hada, desmontó mi argumento exculpatorio acusándome de haberme dejado follar —una palabra tan fea, que no aparece en ningún cuento de hadas, ni

siquiera en *Jack y las habichuelas mágicas*, ni en los primeros relatos de los hermanos Grimm—por una desconocida.

Loca de celos y de dudas sobre mi fidelidad se parecía en aquel momento a la madrastra de Blancanieves.

En fin, éramos unos recién casados y acabó perdonándome. Pero ya empezaba a conocer el vivo temperamento que ocultaba una criatura aparentemente tan dulce. Estas sorpresas sobre el verdadero carácter de una persona acontecen cuando el amor prima sobre el sentido común. Las personas sensatas, y nosotros no lo éramos, se dan un tiempo para conocerse.

CUATRO

Cuando dimos por terminada la luna de miel regresamos al caserón de mi abuela, que nos recibió encantada y nos invitó a que nos quedáramos con ella todo el invierno. Le faltaban dos capítulos para matar a Albertina, su personaje más celebrado, y las relaciones con el editor estaban al borde de la ruptura.

Nada más instalarnos en una espaciosa habitación de la primera planta, dimos oficialmente inaugurada la segunda luna de miel. Las personas que trabajaban en el caserón, la cocinera o el jardinero se iban a sus viviendas tras acabar su jornada laboral. Las mujeres de la limpieza venían una vez a la semana, así que los únicos moradores del palacete neogótico éramos mi abuela, que se encerraba la mayor parte del día a escribir, Elena, que proyectaba escribir un libro de cuentos de hadas, y yo, en perpetuo *dolce far niente*.

El caserón poseía más alcobas, gabinetes, salas y salones de lo que uno podía imaginar. El primer día estuvimos recorriéndolo e hicimos el amor en un salón que no se utilizaba y cuyos muebles estaban protegidos del polvo con sábanas. Elegimos el *chaise longue*. Cuando terminamos, mientras ella se ajustaba la ropa y yo volvía a cubrir el diván con la sábana, dije muy serio:

—Acompáñame.

Lo que iba a hacer a continuación era un juego, otro más. Jugábamos a todas horas porque a ella le gustaba y a mí también. ¿Éramos infantiles? A lo mejor. Pero, además éramos felices y estábamos enamorados.

La llevé al fondo de una galería. Había una puerta.

—Abre —dije.

Lo intentó, pero no pudo.

—Está cerrada con llave —dijo.

Adopté una actitud extremadamente seria, conforme a la gravedad del asunto que le iba a comunicar.

—Sabes, querida, mañana me voy a Madrid, como ya te avisé, y estaré fuera más tiempo del que me gustaría. Dado que mi abuela está enfrascada en su novela y repartirá las horas el día entre su habitación y su gabinete de trabajo, la casa es tuya y tú dispondrás lo que haya que hacer en ella. Eres libre de moverte por ella y hacer los cambios que creas oportunos. Una cosa, sin embargo, te está prohibida: entrar en esta habitación. Es secreta. En este llavero se encuentran todas las llaves de la mansión. Esta llave inconfundible es la que abre esta puerta, pero abstente de utilizarla. Nunca, bajo ningún concepto, entres en esta habitación. Jamás. Te prohíbo entrar aquí. Acuérdate de las mujeres que provocaron grandes catástrofes o su propia perdición por no lograr dominar su curiosidad. Acuérdate de Eva y del árbol del bien y del mal. Acuérdate de Pandora. Acuérdate de Psique. Acuérdate de las esposas de Barbazul.

Era una llave de aspecto raro, antigua, pesada, larga y negra. Teniendo en cuenta que era una llave prohibida, le prestó una gran atención. Finalmente, cogió el manajo de llaves y se lo guardó en el bolsillo.

—Vale —dijo.

Pero no esperó a que me fuera de viaje. A la mañana siguiente, mientras yo dormía, ya había entrado en la habitación. Debió haber madrugado bastante, porque cuando yo llegué había sacado los muebles ella sola (los más pesados los había arrastrado hacia el pasillo sin ayuda de nadie), había abierto las ventanas, había quitado las cortinas, había llevado latas de pintura, había cubierto el suelo con un paño protector, y la encontré subida a una escalera y pintando con una brocha plana los ángulos del techo. Llevaba puestos unos viejos pantalones míos y una gorra con visera para reservar su cabello de las manchas de pintura. Me pareció encantadora en su disfraz de pintora de brocha gorda.

—Anda —me dijo—, coge un rodillo y a pintar.

—¿Así es cómo acatas mis órdenes? —me indigné.

—Déjate de tonterías y a trabajar. Esta habitación será mi cuarto de trabajo. Y, cuando esté escribiendo, el que no podrá entrar aquí sin mi permiso serás tú.

Cuando una mujer ingresa en una habitación secreta y prohibida, el resultado es limpieza y ventilación.

Hay una doble vara de medir respecto a la curiosidad. Si es masculina la alabamos diciendo que es la base del pensamiento filosófico, pero si es femenina, uf, entonces la reprobamos y esperamos que vaya acompañada de su correspondiente castigo. Sin embargo, los ejemplos más célebres en que las mujeres, dominadas por la curiosidad, desafiaron una prohibición no causaron, como se afirma injustamente, ninguna catástrofe a la humanidad, sino todo lo contrario. Gracias a Eva no vivimos en el llamado «paraíso terrenal», esa especie de jardín botánico propicio a la melancolía y con la constante vigilancia de un ojo sempiternamente abierto dentro de un triángulo equilátero mirando sin descanso lo que se hace en el edén, un edén del que cualquier pareja joven y sana acabaría huyendo sin necesidad de que la expulsen con espadas flamígeras; gracias a Pandora, nos queda la esperanza, porque los males ya nos los habrían endilgado por otra vía; gracias a Psique tenemos la voluptuosidad, que tantos placeres sensuales nos proporciona, y gracia a la última esposa de Barbazul fue destruido un asesino en serie. La conclusión es que la curiosidad es buena tanto para hombres como para mujeres, aunque, según dicen, no para los gatos.

Pasados los días se instaló en la habitación prohibida. Allí llevó su ordenador, sus notas y sus libros de consulta. Me puso al tanto de sus planes. Quería escribir un libro que contendría doce cuentos de hadas, algunos de los cuales ya los tenía esbozados.

Yo había creído inocentemente que la muerte respeta a las personas que están ocupadas en nobles tareas. Pero Elena no tuvo tiempo de escribir completo un solo cuento. La encontramos muerta al pie de la escalera de caracol de la biblioteca, con la cabeza reposando en la dura almohada del primer peldaño. Una caída inexplicable que, en el peor de los casos, debería haberse saldado con un hueso roto. A su lado, invertido y abierto por la mitad, vimos el libro que había ido a buscar: *Cuentos de mamá ganso*, de Charles Perrault.

Durante las noches de insomnio comparé esta muerte absurda con la de mi tío Augusto, atropellado por un tranvía que circulaba a diez kilómetros por hora, y con la de mi prima Violeta, ahogada en una piscina pública llena de gente. Fui yo mismo quien se encargó de llamar a la funeraria. Con la serie de muertes que habían acontecido en mi familia, ya había adquirido cierta experiencia en tratar con este tipo de empresas.

Como cada dos por tres había algún pariente a quien enterrar acabé trabando cierta amistad con una familia de funerarios, en Madrid. Me contaron que su tatarabuelo, fundador de la empresa,

había empezado el negocio con carrozas tiradas por caballos, cuando dejó de considerarse un sacrilegio que los cristianos fueran conducidos al cementerio por animales. Los funerarios, en la intimidad, no son ajenos al humor en general y, tratándose de quienes se trata, del humor negro en particular. Con sus trajes oscuros y sus correctos modales, representan con dignidad el papel que se espera de ellos. Pero en la esfera privada y solo en presencia de personas de confianza, muestran su lado más humano. Les gustan las chanzas y echarse unas risas, como a todo el mundo. Los he visto vanagloriarse de que una buena funeraria se hace cargo de todo: de recoger al difunto, del papeleo, de comprar o alquilar el nicho, de la lápida, de concertar con el cura la hora de la misa funeral, del traslado a la iglesia y al cementerio, y hasta de la tanotopraxia y del embellecimiento del cadáver, en fin, se ocupan de todo; la familia, por el contrario, sólo tiene que poner el muerto.

Y esta vez era yo quien ponía en manos de la funeraria local el cadáver de la única mujer que amaría a lo largo de mi vida.

La familia de Elena encontró razonables mis deseos y los argumentos de mi abuela y acató sin rechistar que fuese enterrada en el cementerio de la aldea, que se extendía sobre una colina verde y fuera del alcance del mundanal ruido.

La primera vez que la visité en el cementerio habían transcurrido tres días desde su inhumación. Deposité unas flores sobre su tumba y como no había nadie más por los alrededores no me contuve e hice lo que en ese momento quería hacer: llorar. Me sentía el ser más desdichado del mundo.

Yo creía que lloraba por Elena. En realidad, lloraba por mí. Lloraba porque nunca más volvería a verla. Eran lágrimas de autocompasión. Elena, a dos metros bajo tierra, estaba a salvo de los dolores del mundo, ya nada podía causarle daño y, si seguía viva de alguna manera, si éramos inmortales, como tantos creen, seguramente se encontraría en un lugar mejor, quizá en el país de las hadas.

Pero yo no volvería a oír su voz ni a ver su imagen, y lloraba sin consuelo por su pérdida y por todo lo que podía haber sido y no sería nunca. En las novelas de mi abuela, pese a que habían sido escritas para niños y podía pasar cualquier cosa, la más absurda, la más fantástica, toda la trama tenía una secreta lógica. Pero en la vida real, en cambio, todo parecía ilógico y carente de sentido y finalidad. Yo me hacía las mismas preguntas que se formulan todos los que han perdido a su ser más querido en la flor de la vida. Maldecía el sinsentido de la vida. Y lloraba por mí, el más desdichado de los hombres, creyendo que lloraba por ella.

Regresé a casa caminando sin prisa. Uno de los pocos coches que pasó por ahí tocó el claxon a modo de saludo. Me pareció reconocer a un exalcalde de la aldea, pero no podía ser él porque había muerto unos años antes. Dejé la estrecha carretera de asfalto y ascendí por el sendero de grava que conducía al caserón. Estuve tentado de desviarme hacia el bosque umbrío de hayas y robles, pero había perdido las ganas de pasear. Atravesé la verja. El jardinero podaba un seto. Nos saludamos. El coche de mi abuela estaba estacionado frente a la puerta principal. La vi salir y bajar la escalinata. Me dijo que iba a hacer unas compras. Cuando se sentó ante el volante, metí la cabeza por la ventanilla.

—Abuela —le dije—, no la mates.

—¿A quién? —se extrañó ella.

—A la huerfanita. El editor tiene razón. ¿Cómo vas a matar a la heroína de tus mejores libros?

—Ya veremos —dijo. No le gustaba hablar de sus libros y menos cuando los estaba escribiendo. Debió ver en mí algún tipo de inquietud porque me preguntó—: ¿Ocurre algo?

—Abuela, mañana me voy a Madrid.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer —mentí.

—¿Por qué vas a estar solo en Madrid y yo sola aquí? Quédate conmigo.

—No puedo. Pero volveré a menudo.

De pronto me di cuenta de algo que me había pasado inadvertido hasta entonces. Albertina, la protagonista de sus novelas, tenía muchos de sus propios rasgos de carácter. Era valiente y fuerte, como su creadora. A veces el dolor es tan egoísta que no nos deja ver el de los demás. Yo había perdido a Elena, pero ella lo había perdido todo, a su marido, a su hijo, a su nuera y, cansada y sin ilusiones, iba a matar a su *alter ego*. Sin embargo, no se había quejado una sola vez.

—No la mates —repetí. Y luego alegué—: Estoy harto de muertes.

—Ya veremos —dijo, y se alejó lentamente en el coche.

Algo me hizo levantar la cabeza hacia la segunda planta del caserón. Tras una de las ventanas de la biblioteca, guarecida por cortinas medio echadas, alguien me observaba. Mi abuela no me había dicho nada de una visita, ni era uno de los días en que las mujeres de la aldea venían a limpiar. La persona que estaba en la ventana apartó la cortina para que pudiera verla bien. El corazón me dio un vuelco. Era Elena.

Entré en la casa como una exhalación y subí corriendo las escaleras. Irrumpí en la biblioteca. Sin duda, la estancia más espaciosa del caserón era la biblioteca, que tenía cierta semejanza con las viejas bibliotecas conventuales, con estanterías que llegaban al techo, cuyos libros eran inalcanzables sin subir por la escalera de caracol. No vi a nadie. ¿Otra alucinación más? Sobre la larga mesa de madera había un libro abierto cuyas hojas movía el viento que entraba por el ventanal entreabierto. Leí el título: *Cuentos de mamá ganso*.

Levanté la cabeza y vi a Elena en la parte alta de la biblioteca, junto a la barandilla del entrepiso, mirándome. Con el libro en la mano, empecé a subir la escalera de caracol. A medida que ascendía, la imagen de Elena, inmóvil, daba la impresión de poseer un ser corpóreo, sólido y tangible.

Pero no era más que la imagen de una persona muerta. Llegué al final de la escalera de caracol y no pude avanzar por el altillo. Entre ella y yo se interponía no un obstáculo físico, sino un insalvable escudo de frío, un frío de otro mundo. Solo me quedaba el consuelo de observar su imagen. Con el paso de los días aquella imagen que reproducía todas sus peculiaridades físicas se fue desdibujando. A la tercera noche de su primera aparición había perdido toda sensación de corporeidad, se había convertido en una sustancia nebulosa, una especie de vapor blanquecino y luminoso, un espíritu translúcido. Era, con pleno derecho, un fantasma.

Afuera comenzó a caer una fina lluvia. Me quedé un rato junto a una de las estrechas ventanas del altillo. El cielo había oscurecido, como si se hubiera adelantado el crepúsculo. Ya no tardaría en verse la calva ambarina de la luna.

CINCO

Naturalmente, decidí cancelar mi viaje a Madrid. No le di a mi abuela la menor explicación. Ella se alegró de tenerme en su caserón encantado sin sospechar la existencia del fantasma ni los verdaderos motivos de mi permanencia en él. Nos veíamos poco, incluso raras veces compartíamos la mesa. Mi abuela era partidaria de escribir de madrugada, que era cuando se encontraba más creativa y predispuesta al trabajo, y se acostaba temprano, a diferencia de Elena que había sido una escritora noctámbula.

A la noche siguiente seguía lloviendo. Yo me había pasado todo el tiempo en mi habitación, llorando a ratos, leyendo a ratos, durmiendo a ratos. No había luna y los árboles y el follaje parecían haber desaparecido en la oscuridad circundante. Los relámpagos fulguraban en la bóveda de nubes. A veces se oían truenos remotos.

Yo también era noctívago, como Elena. Los sabios nos aconsejan aprovechar el tiempo, que es la sustancia de que está hecha nuestra vida, pero yo me dediqué a matarlo con tontas distracciones hasta que llegase la hora de acudir a la cita, una cita tácita, como si ambos supiéramos sin necesidad de previos acuerdos verbales que debíamos reunirnos en la biblioteca cuando el reloj de péndulo diese las doce campanadas. Entré en el baño y me miré en el espejo. Llevaba un pijama de esos que tienen una chaqueta con botones y bolsillos, y unas pantuflas afelpadas. Me acerqué al espejo no para preguntarle quién era el más guapo, sino en busca de espinillas o de alguna imperfección reparable. Habían transcurrido unas veinte horas desde mi último afeitado. Mi aspecto era limpio y aceptable, pero pensé que ganaría algo si volvía a afeitarme. Me quité la chaqueta del pijama y me enjaboné la cara, es decir, la embadurné con crema de afeitar. Esperé. Pasar la cuchilla en el sentido contrario al crecimiento del pelo es la mejor manera de que el apurado sea excelente, y eso es lo que hice en el cuello, primero, y después en ambas mejillas. ¿Se fijan ellas en cómo te has afeitado? Supongo que sí, se fijan en todo. Cuando terminé, me lavé la cara con agua tibia. Me sequé. Y como iba a verla a ella, me peiné cuidadosamente y me eché un poco de loción en las mejillas, pensando que era un majadero de tomo y lomo. Yo entonces usaba *Floid*, una marca de *after shave* en cuya etiqueta aparecía el rostro de hombre joven y sonriente recién afeitado y una delicada mano femenina acariciándole una mejilla. La loción olía bien. Después de un último examen, torcí la cabeza para ofrecerle al espejo diferentes ángulos de mi cara. Deseaba que el fantasma me encontrase impecablemente rasurado y guapo.

Al salir del cuarto de baño, me enfrenté a otro espejo, un espejo de cuerpo completo adosado a la puerta del gran armario de mi habitación. Me contemplé, insatisfecho. Faltaba algo. Busqué en el armario. Ahí estaba: una bata corta para andar por casa, que había comprado en las Galerías Lafayette de París y que nunca me había puesto. Lo estrenaría esa noche. Era de color rojo oscuro y hacía un bonito contraste con el color claro del pijama. La prueba ante el espejo me satisfizo completamente. Tenía en la parte izquierda superior una especie de monograma que confería a su portador cierto aire aristocrático. Estaba equipada con dos bolsillos amplios y entre las grandes hebillas un cordón para cerrarla con un nudo. Me contemplé por última vez en el espejo y di por terminada *ma toilette personnelle*.

Antes de verla quise comer algo en la cocina. Me preparé un sándwich. Un grifo del fregadero goteaba y no oía otra cosa que el ruido acompasado de las gotas de agua al chocar con la lámina de aluminio. De repente, escuche un ruido semejante al que provoca un mueble al ser arrastrado. Provenía de la biblioteca. Elena ya estaba esperándome, y apenas era las diez de la noche. Parece ser que la impaciencia es una característica de la juventud y de los fantasmas. Me pareció que el ruido era una protesta por mi tardanza. Temí que acabara despertando a mi abuela y dejé el sándwich a medio comer.

El caserón estaba sumido en el silencio, porque ya me había acostumbrado al sonido de la lluvia fina y pertinaz. Bajo la puerta de la habitación de mi abuela no se distinguía la raya de luz; estaba durmiendo. La cocinera dormía en su casa de la aldea, porque mi abuela amaba la soledad y el silencio y no quería gentes a su alrededor. Mi abuela no escuchaba hipótesis medrosas del tipo «¿y si enfermas de repente, y si sufres un accidente, y si te da un ataque...?». Como Albertina, su *alter ego* de ficción, no temía a nada ni a nadie. Claro que el mundo de Albertina era amable, los problemas que surgían en él preocupaban a los personajes, pero hacían sonreír a los lectores, y al final Albertina y sus amigos salían airoso de los enrevesados líos en que ellos mismos se metían. Era un mundo en el que no existían la crueldad, la muerte y los fantasmas.

Subí por la estrecha escalera de madera que conducía a la biblioteca, débilmente iluminada por una bombilla.

Al entrar en la biblioteca, el fantasma apareció de golpe delante de mis narices, obligándome a levantar la cabeza y a mirarlo desde abajo (tenía el poder de la levitación). No eché a correr, como tal vez ella esperaba. No obstante, me dejó cruzar el umbral y cuando di unos pasos dentro de la biblioteca, se cerró la puerta con gran estrépito, como impulsada por una ráfaga de viento. Empecé a tener miedo. Yo veía cómo se desplazaba de aquí allá como impelida por una furia interna que necesitaba el desahogo de una agresión. Me acordé del consejo de nunca mostrar miedo, ni echar a correr delante de una fiera. Y aguanté el tipo. Estaba helado de espanto. Me sentía como un naufrago que comparte un témpano con un oso polar hambriento.

Voló hacia el techo y allí empezó a dar vueltas vertiginosas hasta que, como esos energúmenos que, presos de la cólera rompen todo lo que está a su alcance, decidió cargar contra los libros. Los libros volaban por toda la biblioteca, como bandadas de aves aterrorizadas por las detonaciones de los cazadores. Algunos tomos eran grandes y pesados como zopilotes, y otros ligeros como halcones. Había volúmenes de distintos tamaños, colores y tonalidades, negros como cuervos, polícromos como aves del paraíso. En un santiamén vació todo un anaquel de una colección de libros de pequeño tamaño con encuadernaciones cartoné y lomos de piel y que por un momento revolotearon apiñados sobre mi cabeza como murciélagos abandonando una gruta. Uno de los tomos de la Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana (el 70 —WEG/ZZ—, no el más gordo de la famosa enciclopedia, pero de un tamaño considerable), me produjo una brecha en la frente, como si quisiera obligarme a absorber la sabiduría que contenía aplicando el bárbaro aforismo de que la letra con sangre entra, y no se me ocurrió otra cosa que acurrucarme junto al globo terráqueo, que podría haberme protegido de un impacto lateral, pero no de los libros que caían a plomo desde los anaqueles más altos. En medio de aquel intenso bombardeo estaba expuesto a morir por el impacto de un mamotreto. Abandoné la compañía del globo terráqueo y, a falta de un refugio subterráneo contra el bombardeo, corrí a gatas, atravesé un gran espacio sin protección y acabé refugiándome bajo la gran mesa de madera, el mejor lugar para precaverse contra los proyectiles aéreos. El fantasma se desplazaba en las alturas con una velocidad prodigiosa, vaciando las anaquelerías. Las hojas de los libros expulsados de las

estanterías del altillo parecían vistas desde abajo alas batiendo el aire con fuerza y rapidez para remontar el vuelo, pero indefectiblemente caían como abatidas por el disparo de la gravedad. Yo, a gatas bajo la mesa, veía caer los grandes pájaros de papel a mi alrededor. El estruendo de una granizada era música de violín comparado con el que provocaban los libros al estrellarse en el suelo de madera desde el alto techo de la biblioteca. Algunos ejemplares se escapaban de su estuche, como los cuatro volúmenes de las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand. La furia de Elena era indiscriminada y trataba con la misma e imparcial descortesía a las colecciones de novelas realistas que a las de ficción gótica. El fantasma, lleno de cólera, destrozaba la biblioteca y, de paso, me atacaba a mí, que ignoraba por completo la causa de su ira. Temí que estuviera sufriendo un brote psicótico.

Inmóvil y asustado bajo la mesa, me acordé del ataque de cólera de Elena en el hotel de Cancún, cuando llegó a golpearme las dos mejillas en una doble bofetada. Entonces me sorprendió que una dulce criatura, una escritora de cuentos de hadas, me abofeteara a mí, su flamante y rendido marido: verdaderamente el mundo está lleno de sorpresas. Pero quien ahora perpetraba contra mí un ataque en toda regla no era una dulce mujercita, sino un espíritu traslúcido. En uno de sus desplazamientos aéreos, me lanzó un diccionario de sinónimos y antónimos y, dada mi posición a gatas bajo la mesa, me impactó en el culo (glúteo, trasero, pandero, pompis, nalgas, cachas...) y entonces comprendí que lo mejor era huir.

Aprovechando que se encontraba vaciando las anaqueleras de la pared norte, abandoné mi refugio y logré alcanzar la puerta. Desde ahí, creyéndome a salvo, le grité:

—¡Todo este desmadre lo vas a arreglar tú! ¡Cuando regrese no quiero ver un solo libro en el suelo!

Me lanzó un atlas de dimensiones tremebundas, que como una bala de cañón pasó silbando sobre mi cabeza y se perdió en el vacío. Cerré la puerta y bajé corriendo las escaleras, y aunque suponía que no me atacaría fuera de la biblioteca, mi instinto me impelía a poner tierra de por medio. En la huida perdí la mitad de mi calzado, como le ocurrió a Cenicienta, aunque en mi caso no fue un zapatito de cristal, sino una pantufla de la talla cuarenta y cuatro.

Poco después del amanecer me encontré con mi abuela en la cocina. Nos sonreímos, pero sin desearnos los buenos días. La escritora era partidaria del silencio matutino total, durante el cual no oía la radio, ni la tele, ni abría periódicos ni contestaba al teléfono. No hablaba ni permitía que le hablasen. Creo que aquello obedecía a uno de esos rollos tibetanos para desarrollar un trabajo provechoso a partir del recogimiento, la quietud y cosas así.

Era una escritora cuyas novelas se había traducido a más de cuarenta idiomas. La fama internacional de mi abuela no contaminó la sencillez de su obra, que empezó a publicar muy joven, cuando no era más que una maestra de escuela. La protagonista de su serie más célebre era Albertina, una niña huérfana que se enfrentaba valientemente al mundo. Era ingeniosa y atrevida. Gozaba de una envidiable libertad y siempre esquivaba la tutela de los adultos. Hacía lo que le daba la gana. Los niños se reían con sus ocurrencias y con su osadía. En uno de sus episodios se bajaba de un tren de cercanías y los miembros de una comitiva de bienvenida la confundían con una niña prodigio, una de esas niñas precoces que cautivan al mundo por su forma magistral de tocar el piano. La verdadera niña pianista acababa de excusar su ausencia con un telegrama que no leyó nadie. Como Albertina era la única niña que bajó del tren la confundieron con ella y recibió de pronto un gran ramo de flores, como si fuera una estrella de Hollywood, y la subieron a un coche y la llevaron a una sala acondicionada para el concierto. En el estrado, había un piano de cola y las dos solteras que encabezaban el comité de bienvenida la invitaron a mostrar su

talento de concertista. El público estaba ávido de escuchar a la precoz virtuosa. La huerfanita no tenía ni idea de tocar el piano. Acababa de confesar a las organizadoras del espectáculo que no sabía tocar instrumentos de teclado, ni de viento ni de percusión, si acaso, y no muy bien, la pandereta, lo que le granjeó la simpatía de las dos solteronas al ver en ella no una virtuosa engreída, sino una talentosa niña rebosante de inteligencia y buen humor. La sala estaba llena y nadie la creía cuando insistía en hablar de confusiones y malentendidos. Ardían en deseo de oírla tocar. Tanto los niños como los adultos que habíamos leído aquel relato nos reíamos con la forma con que mi abuela había sabido describir la situación: la niña, incapaz de convencer a las dos solteronas estiradas que ella no era la pianista, acabó sentándose resignadamente ante el piano, levantó la tapa y, acercándose al micrófono, reveló al auditorio su sorpresa por el elevado número de teclas que tenían los pianos, una broma propia de una virtuosa de la interpretación que la gente premió con un aplauso. Nadie sospechaba el apuro en que se encontraba, pero Albertina no era de las que salen huyendo de una situación embarazosa y tocó una especie de acorde para cerciorarse de que el instrumento estaba bien afinado, luego realizó un precalentamiento consistente en unos cómicos ejercicios para dar elasticidad a sus dedos, y, cuando ya no disponía de otro recurso para retardar lo inevitable, empezó el recital aporreando el piano con esa entrega sin reservas de los artistas geniales. Y muy pronto se olvidó de que era el centro de atención de docenas de personas y, abismada en un delirio melómano, dejó estupefacto al auditorio con su exaltada interpretación de una pieza imposible de identificar, pero repleta de pasión. Albertina nos había hecho reír muchas veces. Sin embargo, quién sabe por qué, mi abuela había decidido escribir su última novela y ya había anunciado a su editor que iba a matar a la entrañable huerfanita.

Mi abuela y yo nos despedimos con una sonrisa silenciosa. Cada uno se llevó el desayuno a su habitación sin decir ni pío. Era evidente que no había oído el alboroto nocturno de la biblioteca, quizá porque hacía tiempo que tomaba somníferos para poder dormir.

Me gustaba mi habitación, con vistas al bosque (el bosque frondoso de los cuentos de hadas). Era espaciosa. Tenía cierto aire conventual, pero de ninguna manera se asemejaba a la celda de un monje, sino a la cámara suntuosa de un abad. En el armario todavía colgaba la ropa de Elena. La cama era enorme. Abrí el cajón donde ella guardaba su ropa interior y olí una de sus bragas, aspirando con ansia, como había visto hacer a un perverso en una película (el cine nos ha enseñado tantas cosas). No olían a nada; a lo mejor (eso lo pensé mucho después) tuve la mala suerte de escoger unas bragas sin estrenar. Me senté a la mesa que había junto a la ventana y leí cinco páginas de un libro sin enterarme de nada.

A mediodía regresé a la biblioteca. El espíritu traslúcido se había esfumado, pero no las consecuencias de su furia. Había dejado detrás de sí un espectáculo desolador. Sorteando los miles de libros esparcidos y amontonados en el suelo, me dejé caer en uno de los sillones. El panorama era horroroso. Algunos libros, muy pocos, todavía permanecían en los anaqueles, libres de la presión de sus compañeros, que yacían en el piso. Aquello sobrepasaba claramente mis posibilidades de poner orden.

Como Elena había sido una noctámbula supuse que con más razón lo sería su fantasma. Si estaba en lo cierto, ella no aparecería por allí mientras no se pusiera el sol. No me formulé preguntas ociosas por incontestables sobre la vida diurna de los espíritus traslúcidos. Pronto quedó confirmado que mi relación con el fantasma de Elena tenía un tiempo, la noche, y un espacio, la biblioteca. Me trasladé a la larga mesa de madera, sobre la que habían caído multitud de libros. Para sentarme quité el libro que había caído abierto sobre la silla de alto respaldo. Era una selección de relatos de fantasmas de Henry James; lo hojeé, el primer cuento se llamaba *El*

fantasma que pagaba alquiler. Me prometí leerlo cuando tuviera tiempo.

Decidí comunicarme con ella a través de un mensaje que la hiciera reflexionar. Le escribí, más que una nota, una breve cartita para enfrentarla a las consecuencias de sus actos. Para no ser escritor la cartita no me salió del todo mal y esperaba que a ella no le desagradase. Busqué un lugar destacado en el marco interior de la puerta y la sujeté con chinchetas sobre la madera recientemente barnizada. Decía así:

«Mi algodoncito de azúcar:

Mira lo que has hecho, gime y arrepíentete. Aunque quiero ayudarte, me siento impotente. ¿Qué puedo hacer con dos brazos humanos contra este caos? Tardaría meses en dejar la biblioteca como estaba. No creo que mi abuela suba por aquí, pero las mujeres de la limpieza vendrán el viernes, como hacen todas las semanas. Cuando se asomen, se les caerán las bayetas y los cubos de las manos. Saldrán gritando y no pararán de correr hasta que lleguen a la aldea. Y, lo que es peor, revelarán al mundo tu existencia. Yo mismo confirmaré públicamente tu presencia fantasmagórica; no me quedará más remedio. Vendrá un equipo de investigadores paranormales con camarógrafos, grabadoras digitales y aparatos raros para localizarte y estudiarte. Para ellos no serás Elena, cuya prometedor vida se truncó al sufrir un accidente absurdo en una escalera de caracol. Te llamarán “entidad”, “ectoplasma”, “emanación psíquica” y cosas peores. Esa gente tiene un léxico muy peculiar y una gama muy amplia de intereses, pues lo mismo se dedican a buscar fantasmas que a la ufología o a la percepción extrasensorial, pues todo lo paranormal, como dicen ellos, literalmente les chifla. Si consiguen pruebas de tu existencia, sabrás lo que es bueno. Por fin tendrán la evidencia definitiva. Y cuando averigüen que fuiste una escritora de cuentos de hadas, mezclarán las cosas y dirán que el huevo de Fitcher y la llave mágica de Barbazul, a los que no había manera de quitar las manchas de sangre, estaban confeccionados con materiales que solo se encuentran en las lunas de Júpiter.

» Expandirán su campo de acción y entrarán a saco en los cuentos de hadas, que hasta la fecha se han salvado de su impertinente curiosidad en beneficio del triángulo de las Bermudas y de los rostros de Bélmez; y si han visto platillos volantes en la Biblia, también los verán en los libros de Perrault y de Andersen y nos dirán que los ogros son alienígenas de tres metros procedentes de Alpha Centauris, y las escobas de las brujas, vehículos monoplazas para el teletransporte.

» Por tu culpa.

» En tu lugar, yo me pondría a reparar el daño causado y dejaría impoluto el escenario de tu cólera. Tú misma».

Esa noche no entré en la biblioteca, pero sí subí silenciosamente la escalera después de la medianoche y pegué el oído a la puerta. Una frenética actividad tenía lugar en el interior. No deseaba que me viera. Vacilé, la curiosidad me dominaba. Con sumo cuidado resolví entreabrir la puerta y asomarme. No me descubrió. Efectivamente, estaba muy ocupada colocando los libros en los anaqueles. Volaba por las alturas de la biblioteca como un ángel enloquecido. Cerré la puerta con cuidado y regresé a mi habitación frotándome las manos. La había asustado. Henché mi pecho de orgullo. Era el primer hombre que había conseguido asustar a un fantasma. ¡Y pensar que, para hacerme respetar, había sopesado la posibilidad de dejarme crecer el bigote!

A la mañana siguiente encontré la biblioteca perfectamente ordenada. Ya no llovía. La luz del sol se filtraba triunfante por todas las ventanas. En aquel santuario de la lectura reinaba el orden.

Salí a pasear en bicicleta. Y mientras bajaba pedaleando sin prisas por el camino que conducía a la aldea, pensaba en los motivos de la cólera de Elena. Deduje que aún no aceptaba su nueva condición de espíritu traslúcido. Juré ayudarla en todo lo que estuviera en mi mano. Y aquí tengo

que hacer una confesión, que quizá no sea bien comprendida y que me haga pasar por un monstruo de egoísmo y frivolidad. Me consolaba saber que tenía de ella algo más que fotos y vídeos. Tenía su fantasma. Y más vale eso que nada. Ya quisieran muchos viudos que acuden todos los días al cementerio a llorar frente al nicho y a dejar la lápida como los chorros del oro, cuando su cuarto es una leonera desde que viven solos, tener el fantasma de su esposa en la sala de estar de su piso. Así que, dentro de la tragedia de haber perdido a mi mujer, contaba con el consuelo de su espíritu. Por cierto, los espíritus traslúcidos muestran sus rasgos y hasta su vestimenta. No hay comparación entre un espíritu traslúcido dinámico y una foto que solo ofrece un instante congelado en una superficie plana, una cartulina que va perdiendo el color con el paso del tiempo.

El problema era que se había revelado como un espíritu violento, mientras las fotos son inofensivas.

El nombre de la aldea figura en todos los mapas de Cantabria. Tiene bastantes calles. En realidad, es un pueblo. No hay librerías ni cines, pero sí iglesias y un montón de comercios. Yo tenía la costumbre de llamarla aldea porque soy de Madrid. La gente es muy quisquillosa sobre la importancia de los asentamientos humanos a los que pertenece. Dejé la bicicleta apoyada en uno de los árboles de la calle principal con la certeza de que nadie me la robaría y continué el paseo a pie. Saludé desde la calle a Ramiro, el estanquero, y entré en el bar de al lado a tomarme un café.

Encontré muy maciza y deseable a la chica que atendía la barra, a lo mejor porque objetivamente era un encanto, o a lo mejor porque la viudez tiene sus consecuencias. O las dos cosas a la vez. En aquel momento estaba muy ocupada colocando sobre la barra las consumiciones que el camarero le cantaba. Posicionado en una esquina de la barra, mientras esperaba que me atendiera, yo la miraba empujarse para alcanzar una botella de brandy, o agacharse para abrir una nevera, y la seguía disimuladamente con los ojos mientras se desplazaba de un lado a otro. Digo disimuladamente porque fingía observar otras cosas y tener más interés en la partida de dominó que tenía lugar en la mesa más cercana, donde un vejete con cara de pícaro mostró a todos el seis doble antes de estrellarlo con un golpe seco en la mesa, diciendo algo que nunca antes se ha oído en una partida de dominó:

—¡Contra la duda la más peluda!

Las ocho o diez mesas del local estaban ocupadas por jubilados que jugaban a las cartas, al dominó o charlaban a voces, quizá porque todos estaban sordos y sin audífonos, quizá por la costumbre española de hablar a gritos. Yo era el único cliente de la barra y no quería que se advirtieran las miradas lúbricas que no podía evitar dirigirle de vez en cuando a la muchacha. Me atendió con una sonrisa encantadora y le pide un exprés. El barullo del momento hacía imposible trabar una conversación con ella. Tras beberme el exprés a pequeños sorbos, me marché prometiéndome volver y dejando sobre el mármol de la barra una propina que sobrepasaba escandalosamente el precio del café.

Luego recorrí toda la calle central y regresé al punto de partida cambiando de acera.

No quería volver a la casona sin llevarle algo a mi abuela, y recordando que era muy golosa, entré en la pastelería.

En cuanto abrí la puerta y sonó la campanilla, me acordé de la pastelera. La había olvidado por completo y demasiado tarde me percaté de que acababa de meterme en la boca del lobo. Fue verme y salir de detrás del mostrador para abrazarme y besuquearme. Era bajita y gorda. Ojos vivaces, frente amplia, y una boca pequeña que no cerraba nunca, nunca.

En realidad, no nos conocíamos tanto como para que me abrumase con tales muestras de cariño. ¿Nunca habéis sido víctimas de una charlatana compulsiva? Hay mucha gente que sale de

su casa y pasea por las calles más transitadas con la esperanza de encontrar a algún conocido con quien pegar la hebra. Estos infelices son fáciles de esquivar y aceptan con expresión lastimosa que te despidas rápidamente de ellos alegando prisa. La charlatana compulsiva, en cambio, te impide escapar. No te dejan que pegues ni cortes la hebra porque tu misión no es hablar, ni intercambiar pareceres, sino escuchar. Parece que ha estado esperando años para tenerte a su merced y atosigarte sin piedad con el flujo incesante de su verborrea. Una vez que has caído en su poder no está dispuesta a soltarte y no necesitan de largos preámbulos para informarte de todas las cosas que le causan indignación, generalmente las conductas de sus familiares y vecinos, siendo indiferentes a los horrores del mundo.

Después de besuquearme y darme el pésame por la muerte de mi mujer, la máquina parlante empezó a criticar a sus vecinos de arriba —le habían dejado el techo con una mancha de humedad enorme— y a los vecinos de abajo, que ponían la lavadora a las tantas de la noche.

Yo le señalaba los pasteles en la vitrina y ella los cogía con las pinzas y los iba depositando en una bandeja de cartón. Compré seis pasteles, los pagué, recogí la bandejita envuelta en un papel manila con un lacito azul en la parte de arriba, pero no me dejaba salir. Se colocó ante la puerta para evitar que me fugara, hasta creo recordar que extendió los brazos, como diciendo, «De aquí no sale nadie». Y empezó a criticar a su hermana Antonia por las cosas horribles que le hacía. Le dedicó tres minutos de reproches. Después atacó a su hermana Dolores: cuatro minutos. Recordé con espanto que tenía seis hermanas.

Es entonces cuando casi admiras a esos tipos groseros que no se casan con nadie, que carecen de delicadeza y que son capaces de dejar a cualquiera con la palabra en la boca. Yo no era así.

Mientras me agobiaba con el torrente de su dialéctica, yo miraba a través del cristal del escaparte la bicicleta y me pareció que la felicidad era subirme a ella y desaparecer.

Sin valor para huir, me oí decir cosas hipócritas que apoyaban sus quejas.

—Increíble, una hermana... sangre de tu sangre... no lo puedo creer...

Lo confieso, soy un blandengue.

Y quién sabe cuánto tiempo me habría retenido si no llega a entrar otros clientes, al parecer un matrimonio al que tuvo que atender. Aproveché la ocasión para escabullirme grácilmente.

Mientras pedaleaba cuesta arriba hacia el caserón, me reconcomía mi exquisita delicadeza, que no era otra cosa que cobardía. Para acallar los reproches que me dirigía a mí mismo, me juré que al día siguiente volvería a la pastelería y cuando la charlatana compulsiva saliera del mostrador para abrazarme, besuquearme y contarme sus penas, le gritaría:

—¡Quieta, vaca! ¡He venido a comprar unos pasteles de crema, no a oír tus mugidos! ¡Silencio o te pateo el culo!

Menos mal que no hice nada de esto, dado lo que pasó después.

Una pendiente muy pronunciada me obligó a pedalear de pie, subía muy despacio y, sin embargo, no vi al hombre que surgió de la nada y me esperó en medio del camino. Su aparición fue tan inopinada que lo atropellé. En realidad, lo atravesé con la bicicleta. Me giré y lo reconocí: era mi tío Augusto, el que había muerto arrollado por un tranvía y que no emitió una sola queja cuando literalmente lo traspasé con la bicicleta.

En una curva me salí del sendero, y perdido el control del manillar, del que colgaba la bandejita de pasteles, acabé zigzagueando en un terraplén y estrellándome contra un roble.

Me quedé sentado sobre la hojarasca y buscando con los ojos al causante del accidente. Los pasteles se habían despachurrado dentro de su envoltorio. Una lengua de crema asomaba por una grieta del papel, y los abandoné a las hormigas.

Y mientras volvía a subirme a la bicicleta y me cercioraba de que el tío Augusto se había esfumado yo me preguntaba qué demonios hacía por aquellos parajes.

Mi tío Augusto se había limitado a dejarse atropellar por mí sin decir esta boca es mía. ¿Por qué, para qué?

Entré en la biblioteca cautamente, sin alejarme de la puerta. Desconfiaba de ella. La vi hojeando un libro en el altillo. Si había respetado el orden anterior, allí se encontraba la sección de poesía. Aunque debía saber perfectamente que yo me encontraba en el vano de la puerta, me ignoró.

Quizá consideraba una humillación el haberse visto obligada a obedecer mi recomendación y arreglar el desaguisado bibliotecario. El aspecto de la biblioteca era el de siempre, como si nunca hubiera tenido lugar su explosión de furia.

Acabé entrando, aunque con muchas reservas. Llegué al gigantesco globo terráqueo que se encontraba cerca de los sillones. Jugué un rato con él, haciendo girar la esfera.

Gané en confianza. Me dirigí a una panoplia en forma de escudo que tenía dos sables cruzados, extraje uno de ellos y realicé unos hermosos juegos de molinete. Luego, con el brazo izquierdo levantado y doblado por la muñeca, como si fuera un avezado esgrimista, di un salto hacia adelante y lancé una estocada contra un rival imaginario. Ajeno a mis payasadas, el espíritu me ignoraba y no daba señales de querer lanzarme un proyectil libresco: yo todavía conservaba sobre la ceja la tirita que ocultaba la herida provocada por el impacto del tomo 70 de la enciclopedia Espasa.

Cuando levanté la vista hacia el altillo, había desaparecido. Quizá se sentía incómoda por su claudicación. Dejé el sable en su sitio. Me sentí casi tan solo como la primera noche de su muerte.

Permanecí en la biblioteca hasta el amanecer, y cuando perdí toda esperanza de que regresase volví a sujetar con chinchetas en la parte interior de la puerta otra nota que leería a la noche siguiente y que solo contenía dos palabras:

TE AMO.

SEIS

A medianoche irrumpí en la biblioteca aparentando una gran tranquilidad. La procesión iba por dentro. Podría haber entrado con un diario desplegado, fingiendo leer la sección de deportes, como un amigo de Madrid que leía caminando por las calles y nunca tropezaba con los árboles o las farolas. Pero aquello habría sido un falso alarde de tranquilidad. Aún no sabía a qué atenerme con respecto a su nueva propensión a la cólera. Pero yo aparentaba calma.

La Elena que yo había conocido era afable y serena, a veces burlona, sí, a veces traviesa e impredecible, pero siempre inclinada hacia la bondad. Sin embargo, cuando se enojaba, rarísimas veces y casi siempre por motivos suficientes, su vivo temperamento se manifestaba sin reservas. ¿Recordaba con rencor el episodio del hotel caribeño? Si me abofeteó cuando la engañé con ella misma, ¿qué habría hecho si me llega a sorprender en brazos de otra? Aunque trataba de poner a salvo mi fidelidad, alegando mentirosamente que yo era uno de los pocos hombres monógamos de la especie, cuando sabía de sobra que la monogamia es una quimera, ella, más realista, se aferraba a los hechos y, además, los interpretaba con esas sutilezas mareantes más propias de una filósofa escolástica que de una escritora de cuentos infantiles: dijera lo que dijese, le había sido infiel con ella misma. Una peluca, unas lentillas, un poco de maquillaje y unas gafas de sol habían sido suficientes para probar qué clase de tipejo adulterino era yo. Pero yo sabía que ese recuerdo no era el causante de su agresividad actual. ¿Qué le pasaba y cómo podía ayudarla?

¿Es posible que un ser afable y centrado acabe convirtiéndose en una sustancia malhumorada y neurótica? Estas no eran más que algunas de las preguntas que me formulaba y cuya respuesta no encontraría ni en la biblioteca del caserón ni en la Biblioteca Nacional con todo su depósito bibliográfico y documental. ¡Por Dios, es el colmo: no existe una sola universidad que ofrezca másteres en fantasmología! Ni siquiera contamos con una clasificación de los fantasmas. ¿Por qué algunos fantasmas tienen una apariencia sólida, humana o casi humana hasta que vemos que no caminan sino flotan, y otros, como mi Elena, son traslúcidos? ¿Por qué algunos hablan y otros, como Elena, son mudos? Se supone que todos carecen de cuerdas vocales. ¿Por qué algunos pueden volar como Elena y otros son capaces de atravesar las paredes, como Dutilleul, que ni siquiera era fantasma? En cambio, hemos avanzado mucho en conocimientos y técnicas de un orden muy distinto: las mujeres que lo deseen pueden acudir a un cirujano plástico para que les practique una elevación de mamas. No pongo este ejemplo con una intención aviesa, no hay en él menor asomo de ironía ni de sarcasmo. Pero si nos ocupamos de la estética de las tetas, ¿por qué no dedicamos dinero y recursos a la investigación de la naturaleza de los fantasmas? Hay libros con gráficos y dibujos que nos enseñan a construir escaleras de caracol, Dios las maldiga, y ya sabemos cómo clonar ovejas y simios, lo que hará inevitable que empecemos a clonar, a escondidas o abiertamente, al primer imbécil con dinero que lo solicite. En relación al ejemplo anterior, hay a la venta biberones en forma de teta, con lo que queda demostrado que la sociedad nos engaña desde que somos bebés con sucedáneos inaceptables: nos hacen chupar pezones de caucho y rezar a dioses inexistentes. Ahora bien, ¿qué sabemos de los fantasmas? ¡Nada! ¡Fábulas

y cuentos de viejas!

Verdaderamente qué poco sabemos acerca de ellos, y llevan milenios con nosotros. Yo no tengo madera de investigador y aunque me pasase la eternidad junto al amor de mi vida jamás podría averiguar por qué había crecido y evolucionado, si es que al aumento de su altura y volumen nebuloso y espectral (muy elástico, por cierto) se le puede llamar crecer. No sé analizar sustancias. ¿Dónde están los que sí podrían llevar a cabo interesantes descubrimientos? Los investigadores científicos han dado carpetazo al estudio de la fantasmología y lo han depositado en uno de esos contenedores callejeros donde rebuscan los charlatanes y chiflados, cuya nutrición intelectual no es precisamente la más saludable.

Podemos excluir de la vergüenza general a los miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Y entre mis libros de cabecera, por si a alguien le interesa, figuran dos del doctor Myers, muerto en 1901: «*Phantasms of the Living*» y el imprescindible «*Human Personality and Its Survival of Bodily Death*».

Recordemos que todos estamos en riesgo de convertirnos en fantasmas, si no lo somos ya.

Para descubrir las razones de su actual malhumor y de su proclividad a la cólera más desatada, no tenía otro remedio que estudiarla en silencio, corriendo el riesgo de convertirme en su víctima.

Cautelosamente fui tomando posesión de la parte baja de la biblioteca, porque la de arriba parecía ser su preferida. A veces hojeaba brevemente un libro y volvía a dejarlo en el estante, otras veces lo leía largamente y con gran interés, exhalando unos dulces sonidos que recordaban a los suspiros. Yo tomaba mentalmente nota de los lugares donde más tiempo pasaba leyendo y luego, cuando se había ido o cuando aún no había llegado, subía por la escalera de caracol y revisaba los libros que le hacían suspirar. Eran casi todos de poesía. Ya no leía cuentos de hadas.

Solo lanzó un ataque más contra mí. Para entonces mi vida se reducía a pasar las horas nocturnas con ella. Había cambiado mis hábitos para compartir el tiempo en su compañía, de manera que me iba a dormir al amanecer, cuando se desvanecía y cuando mi abuela se levantaba para escribir.

Elena no hablaba o no quería hacerlo. Esta relación sin palabras me hizo comprender la vacuidad de las relaciones humanas basadas en la cháchara y el parloteo, que algunos llaman «comunicación».

Yo me busqué una distracción alternativa que me permitiera observarla: jugaba al ajedrez contra mí mismo. Al principio me serví de un tablero tradicional. Luego me subí el portátil y jugaba contra un programa, manteniendo el tablero para ver mejor las jugadas y a la vez consultaba libros de aperturas y de ataque. Yo era un jugador del montón y toda aquella parafernalia, que parecía que me estaba preparando para enfrentarme en un torneo de la FIDE al sucesor de Magnus Carlsen, no tenía otro objeto que, fingiendo pensar en el próximo movimiento, observar a Elena. Disponía también de una mesa de ajedrez que situaba frente a uno de los mullidos sillones, teniendo además a mi alcance un carrito con la cafetera o con una copa de vino de Málaga. Envuelto en mi cálida y elegante bata soñaba ser un marido hogareño pasando las noches junto a su mujercita adorada.

Ese último ataque, más bien una escaramuza, lo lanzó precisamente el primer día que se me ocurrió jugar al ajedrez. Ella leía en el altillo, yo acababa de colocar las piezas blancas y empecé a colocar las negras. Con el rabillo del ojo miraba hacia las regiones elevadas de la biblioteca. En ese momento ella había dejado de leer y se desplazaba a gran velocidad por todo el entresuelo. ¿Era un arrebato de impaciencia, otro síntoma de cólera? ¿No le gustaba el ajedrez, prefería el parchís? Yo juzgué que lo más sensato era seguir con lo que estaba haciendo, y después de colocar

los ocho peones negros, coloqué las dos torres, los dos alfiles, los dos caballos, la reina y cuando transportaba entre el índice y el pulgar al rey negro y lo situaba en su regio escaque, ella dio dos pases aéreos sobre mi cabeza, como una avioneta militar y me disparó un libro-cohete que se llevó por delante el tablero y todas las piezas, blancas y negras, que acababa de colocar y que salieron disparadas en todas direcciones. Creí oír algo parecido a una siniestra carcajada.

¿Cuál fue mi reacción? Impecable y elegante. Me limité a inhalar una gran cantidad de aire y la expulsé gradualmente en una especie de suspiro de resignación, me levanté, me anudé el cordón del batín que solía llevar encima del pijama, atravesé dignamente la distancia que me separaba de la puerta y abandoné la biblioteca.

Antes de cerrar tras de mí la puerta, sentí de alguna manera que privarla de mi presencia en lo que quedaba de noche era el peor castigo que podía infligirle. Uno de los poetas que por aquel entonces Elena leía continuamente había lamentado la soledad en que quedan los muertos. Es peor la soledad del fantasma.

En las noches sucesivas hubo una especie de contienda de orgullos. El orgullo es tan importante como peligroso. En esto de dosificar estratégicamente el orgullo hay maestros y hay insensatos. Los insensatos son los que llevan el orgullo tan lejos que la reconciliación se hace imposible. Los maestros son los que logran pactar manteniendo la cabeza bien alta. Ambos nos necesitábamos, pero no queríamos reconocerlo. Llegamos a una suerte de transacción tácita que consistía en estar juntos, aunque ignorándonos olímpica y orgullosamente. Ella leía a Bécquer y yo me daba jaque mate a mí mismo, o me lo daba el programa del ordenador, cada uno a lo suyo en una especie de cohabitación sin placeres ni disputas maritales bajo la bandera blanca del alto al fuego.

Pasó el tiempo. Nuestra relación se convirtió en lo más valioso de nuestras vidas. Yo a veces le contaba cosas que ella escuchaba con atención. Una noche le hablé del amor que había sentido por la Elena viva de la que me había enamorado súbitamente y del amor que sentía ahora por su fantasma. Las cosas bonitas que le dije nacieron de mi corazón y me alegré de haberlas dicho (a los espíritus traslúcidos les encanta que les regalen el oído, como a todos los seres, criaturas, entes, espíritus, presencias, esencias y sustancias).

Otras veces, cuando le hablaba, me hacía entender que la molestaba y que prefería el silencio. Si pese a ello yo insistía en parlotear, se enojaba y me lanzaba un rugido de advertencia, como una leona incomodada por su cachorro. Deduje que era un espíritu traslúcido bipolar.

Ocurrió que a finales de invierno contraje la gripe. La vitalidad me abandonó como el arrebol abandona las mejillas de una muchacha recién muerta. Después de varios años volví a sufrir una fiebre que superaba los 38°, un decaimiento y una debilidad generales. Mi abuela y la cocinera se hicieron cargo de cuidarme y yo les pedí que no se tomaran demasiado en serio su papel de enfermeras.

Ir al baño se me antojaba una empresa descomunal; pero la primera noche, cuando el malestar aún no había llegado a su punto más álgido, planeé subir a la biblioteca y mostrarme con mis escalofríos y mi debilidad.

Cuando me incorporé a medianoche para acudir a la cita diaria, sentí mareos y deseos de vomitar. No podía introducir mis pies embudidos en unos calcetines de lana dentro de las pantuflas afelpadas. Desistí y renuncié a visitar la biblioteca.

Todavía no tenía la plena seguridad de si mis visitas nocturnas le agradaban, le eran indiferentes o la molestaban. Los trastornos bipolares confunden al más pintado, que no acaba de entender a qué obedecen las bruscas variaciones en el estado de ánimo. Los cambios de humor

que se presentan en algunos bipolares, a ratos amistosos y comunicativos, a ratos silenciosos y hostiles, desorientan a los que somos permanentemente estables y neutros, por decirlo así, y solo sufrimos cambios en nuestras afecciones si hay motivos externos que nos empujen a la alegría o a la tristeza, no invisibles e incomprensibles cambios internos en las hormonas o en la química cerebral. Si los cambios de humor en los humanos bipolares producen desconcierto y malestar no dejan de ser un juego de niños comparados con la bipolaridad de los espíritus traslúcidos. Uno nunca sabe lo que le espera cuando va a visitar a un espíritu traslúcido, si un sonido de satisfacción semejante al ronroneo de un gato, o si un tomo de la Espasa en plena cara.

Así transcurrieron otros dos días. A veces, de noche, en medio del silencio del mundo, prestaba una atención dolorosa a cualquier ruido provocado por las cañerías o los crujidos de la madera. De la biblioteca no escapaba nada que pudiera interpretarse como una señal del fantasma.

¿Me esperaba, o se sentía aliviada por mi desaparición? ¿Lloraba por mi ausencia o me había olvidado?

Al tercer día no experimenté ninguna mejoría. Uno se rebela contra la posibilidad de pasar dos horas de aburrimiento, pero se resigna a permanecer cinco días en cama abatido por un virus e imposibilitado, además, de ocuparse en algo divertido o provechoso.

Esa tercera noche debí quedarme dormido sobre las diez, después de haber cenado lo que me trajeron, un filete de pescado a la plancha. Tuve un sueño, uno de esos pocos sueños que se recuerdan con nitidez al despertar. Soñé que Elena estaba viva y que ahora era la cantante de lo que me pareció una orquesta de mariachis. Me la encontré de pronto cuando yo paseaba solo por la plaza Garibaldi del D.F. Ella no me vio o no me reconoció. ¿Era un sueño o un delirio? Llevaba un vestido largo, de vistosos colores mexicanos, con un escote que le permitía lucir sus lindos hombros. Estaba borracha de tequila, movía con insolencia beoda el abanico y cantaba con voz de soprano y dominio del falsete «Camino de Guanajuato». Yo sentía una inmensa alegría por verla viva y cierta desazón por oírle cantar con acento tapatío y tono desgarrado:

No vale nada la vida
la vida no vale nada
comienza siempre llorando
y así llorando se acaba

De pronto, me despertó la luz brillante que inundaba la habitación. Como yo no iba a la biblioteca, ella había venido a nuestra habitación. Cuando abrí los ojos me quedé inmóvil porque Elena, que acababa de atravesar la puerta cerrada, se elevó sobre el suelo y empezó a levitar, colocándose paralelamente sobre mi cuerpo yacente. Me observó.

Siendo ella un espíritu traslúcido, debió asustarla la rubefacción de mi cara. Yo emití leves quejidos para hacerle comprender que sentía dolores en todo el cuerpo y llegué a musitar que mi estado era de pronóstico reservado, que no sé lo que significa, pero que parece indicar algo grave. No necesité recurrir a la exageración para ganarme su interés. Examinó los potingues que tenía sobre la mesita de noche y que me había traído la cocinera antes de irse a su casa. Desapareció atravesando la pared y regresó por el mismo procedimiento con una renovación de los potingues: cambió las aspirinas por paracetamol, se llevó las pastillas para la garganta y trajo en una bandeja un frasco de antigripales efervescentes, una botella de agua mineral, mandarinas y un vaso con zumo de naranja. Siempre había sido una entusiasta de la vitamina C. Y se fue sin darle mayor importancia a mi gripe.

Tuve la impresión de que, tras descubrir la causa de mi ausencia durante aquellos días, se fue

tranquilizada. Que yo no hubiera ido a la biblioteca porque estaba malo, era para ella una buena noticia. Significaba que volvería en cuanto me curase de la gripe.

Por primera vez pensé en el futuro. ¿Cuánto tiempo más pensaba vivir confinado en aquella casona, lejos del mundo y de sus encantadoras pompas y vanidades? Se dice que en nuestra vida no tenemos otra cosa que el presente y se nos anima a valorarlo y disfrutarlo. El futuro no existe, dicen. Pero existirá, siendo la alternativa mucho peor. Sí, el futuro no existe, pero siempre acaba por llegar y el niño que arde en deseos de crecer y convertirse en mayor será antes de lo que imagina un anciano calvo y desdentado. Incluso los que tenemos poca imaginación queremos asomarnos al País del Mañana y columbrar qué papel representaremos en él. Yo tenía veintipocos años, una mujer muerta y un fantasma con el que me citaba nocturnamente en la biblioteca. Los fantasmas habitan por lo general en casas viejas, museos, bibliotecas, archivos históricos, cementerios, castillos (normalmente castillos ingleses), casa de campo y haciendas. Así que se podía afirmar que las condiciones externas de Elena eran inmejorables: su vida nocturna se desenvolvía en el mismo escenario donde había encontrado la muerte al caer por una escalera de caracol. La casona en su conjunto, a orillas de un bosque encantado, como los de los cuentos, lejos de la vana agitación mundana, ofrecía la mejor atmósfera para un fantasma. Pero ¿y yo? La condición humana es egoísta y busca su propio bien, huyendo del dolor y buscando la conveniencia y el placer. También la satisfacción de sus necesidades básicas, incluyendo las más bajas y groseras. Sobre todo, las más bajas y groseras, porque lo primero es lo primero y las necesidades puras y elevadas pueden esperar. ¿Bajas y groseras? Lo que me faltaba, expresarme como un clérigo y endosar clasificaciones morales a los instintos que ha depositado en nosotros la madre y sabia naturaleza. Pues bien: diré unas pocas palabras sobre mis bajas y groseras necesidades. Si hay alguien ahora mismo que está leyendo esta cosa, yo le pregunto: ¿no resulta muy triste, muy insatisfactorio, muy duro, durísimo amar a un ser inmaterial? Ya he reconocido antes que para mí supuso un consuelo la permanencia en este mundo del fantasma de mi mujer. Pero hablemos claro, amigo mío que está leyendo esta cosa. ¿Qué es un fantasma, o un espectro o, concretamente, un espíritu traslúcido? Un ente sin carne. Un ente a quien no se puede pellizcar, apretar, achuchar, estrujar y mordisquear. Sin chicha. Sin molla. Sin muslamen. Sin pernil. Sin glúteos y sin glándulas mamarias.

Cuántos sin, ¿verdad? Pues ya está todo dicho y no creo que tenga que esforzarme más en hacerme comprender. Aprovecho el momento para vindicar la importancia de la carne.

La primera noche que, ya sin fiebre y recuperado de la gripe volví a la biblioteca, ella pareció recibirme con mucha alegría.

Me presenté de golpe con mi pijama, mi bata aristocrática y mis pantuflas y un periódico doblado bajo el brazo. El uniforme de un marido la mar de hogareño.

Sí, me recibió con grandes muestras de contento. Incluso tuve la impresión de que palmoreaba de alegría.

Mientras el portátil terminaba de arrancar, me senté frente al tablero de ajedrez y empecé a colocar las piezas. El fantasma se elevó hacia la sección de poesía. Esa noche descubrí los encantos de la rutina marital.

Empezamos a vivir una etapa de muda, sí, pero de intensa compañía. Cierta tendencia a ver la botella medio vacía me hizo temer que la nuestra era una paz frágil.

En realidad, siempre estábamos estudiándonos a hurtadillas.

En ocasiones me dirigía a ella con una petición y esperaba que, de alguna manera, me expresase su aquiescencia o su desaprobación. Le pedí permiso para subir al altillo en busca de

un libro. Me lo concedió. Las pantuflas dificultaban el ascenso helicoidal por la escalera de caracol. Llegué a la pasarela y avance hacia donde ella leía. Retrocedió, abandonando el libro abierto en la repisa. Yo había ido en busca de un libro de Juan Ramón y aproveché la ocasión para echar un vistazo a lo que ella leía con visible emoción.

Llegué a descubrir que Elena leía todas las semanas, de lunes a domingo, el poema ese de las golondrinas, de «aquellas que aprendieron nuestros nombres». La vida está llena de misterios impenetrables. ¿Qué fibra, o lo que sea, de un fantasma traslúcido se conmovía con el regreso anual de unas golondrinas, y qué importancia tenía si eran o no las mismas? Una golondrina es una golondrina y da igual una que otra. Comprendía que las golondrinas y las madreselvas estaban en el poema para causar un efecto emotivo al contrastar lo efímero y lo cambiante con lo permanente, el amor y la adoración eternos. Pero yo había subido al desván donde todos los años construían sus nidos y cada año se renovaban como se renuevan los turistas en un hotel, y se podría afirmar sin calumniarlas que todas ellas, las que jugando golpeaban el cristal con sus alas y las que aprendieron nuestros nombres, eran bastante guarras. Naturalmente, Bécquer por exigencias del guion poético se abstiene de comentar que volaban y cagaban al mismo tiempo. Elena también leía todos los días, de lunes a domingo, incluyendo los festivos, otro poema de Alfonsina Storni sobre las golondrinas, a las que preguntaba cómo se viaja hasta el país del sol, hacia la eterna primavera y la fuente del amor. Y me di cuenta de que ella, más que los poemas, amaba a esas avecillas no sé por qué y sentí mucha pena porque jamás podría desvelarme el secreto de su predilección por las golondrinas, oscuras amantes de abril.

Cerca del amanecer, mientras jugaba la última partida antes de guardar las piezas de ajedrez en su cajita, Elena se desplazaba, silenciosa, ingrávida y etérea, no como una golondrina albina, sino como un gran albatros.

Jugaba con las negras, me comí la reina blanca y al tocarla suavemente para abatirla y colocarla en posición horizontal, que es como mejor están todas las reinas, rodó hacia la esquina de la mesa y cayó al suelo. Elena hojeaba en ese momento una antología de Machado en el entrepaño más alto, casi en el techo, y al mismo tiempo estaba pendiente de mis más mínimos movimientos. Mientras mi mano exploraba a ciegas el piso para recuperar la pieza que se había perdido bajo la mesa, ella ya la había recogido en un fulgurante desplazamiento aéreo y me la entregó, sujetándola entre su índice y su pulgar fantasmagóricos. Y, entonces, hice un descubrimiento que me alteró. Olía. Dios santo, olía. Después de tantos encuentros entre su fantasma y yo, era la primera vez que estábamos tan juntos. Nos rozábamos. Hasta ese momento siempre había habido entre los dos una cierta separación espacial. Pero en ese instante su rostro estaba frontalmente pegado al mío. Pude captar su olor. Siempre había creído que era inodora, como el agua o como el gas carbónico. Descubrir que emanaba un aroma propio me desconcertó. Dicen que los fantasmas huelen a ozono. No lo sé. Ni siquiera sé qué demonios es el ozono y a qué huele. Si aquel perfume embriagador que desprendía era ozono, yo afirmo que era ozono número cinco.

SIETE

La chica maciza que atendía la barra también era viuda. Qué casualidad. Tan joven. La vida es muy cruel.

Se llamaba Susana. En mis visitas a la aldea, cada vez más frecuentes, me detenía en su establecimiento y sostenía con ella conversaciones generalmente breves y llenas de interrupciones debido a su trabajo. Cuando me familiaricé con la rutina del bar, busqué que mis visitas coincidiesen con las horas de menos bullicio.

Susana era alta, majestuosa, de carnes duras y consistentes, con firmes curvas que al menor movimiento se ponían de relieve bajo la ropa. Era inevitable que un viudo en la flor de la vida, que pasaba las noches castamente en compañía de un espíritu traslúcido, no se fijase tanto en el color rosa que bañaba sus mejillas ni en sus ojos rasgados, como en las redondeces que en determinados movimientos tensaban su ceñido vestido. A los carcamales del dominó les gustaba mirarla, y a mí también.

Cuando me enteré en una de nuestras charlas de que el joven marido de Susana hacía unos meses que había muerto de un cáncer sentí, si no una gran alegría, que también, sí grandes esperanzas. Mi cerebro, esa fábrica de ilusiones que aprovechaba cualquier incidente, encuentro o episodio sin importancia como materia prima para tejer agradables fantasías, rápidamente me suministró halagüeñas expectativas que me habría encantado ver convertidas en realidad, y que, dados los encantos físicos de la viudita, contenían más imágenes picantes que románticas. En los documentales de animales que nos ofrece la televisión pública, vemos a los grandes depredadores de la sabana seleccionando en los rebaños de herbívoros a los ejemplares más débiles para no marrar el ataque. Y en el imaginario masculino las viudas jóvenes son como una cría de gacela para un guepardo, o como una cebra herida para un gran felino: presas presuntamente fáciles.

Poco a poco fuimos haciéndonos amigos. Después de todo, ambos éramos jóvenes y viudos. Como quien dice, éramos colegas.

Es raro encontrar en las aldeas viudos veinteañeros. Cada vez que visitaba el bar, y lo hacía todos los días que bajaba a la aldea, trabábamos conversaciones cada vez más largas y más íntimas. Yo había dejado de consumir café porque el exprés, que era lo que tomaba los primeros días, se bebe en un santiamén y a uno no le queda otro recurso que pedir otra cosa o pagar y largarse. Así que empecé a pedir consumiciones que me ataban más tiempo a la barra, como cervezas y bocadillos calientes. Me situaba cerca del fregadero, donde ella lavaba las remesas de vajilla que le llevaba el camarero desde las mesas, donde los clientes, casi todos viejos jubilados, jugaban al dominó, al tute y al mus. También el camarero era un viejales que anotaba los pedidos con un lápiz que llevaba tras la oreja, como los carpinteros. Y mientras ella enjuagaba y yo le hincaba el diente al bocadillo, nos poníamos a charlar separados por menos de medio metro de mármol, unidos por nuestra generación, hermanados por nuestra reciente viudez y rodeados por la tercera edad.

Ella me hablaba de la enfermedad que llevó a la tumba a su marido y yo le hablaba de la escalera de caracol. Nos consolábamos recíprocamente.

Estoy total y completamente seguro de que Susana, que era una buena chica, sentía la muerte de su marido tanto como yo la de Elena. Pero el estado civil no cambia la naturaleza humana. Viudo flamante como ella, mientras le dirigía palabras de consuelo y la animaba a ser fuerte y a tener esperanzas en un futuro sin tanto dolor, pensaba lo buena que estaba y lo mucho que me gustaría llevármela a la cama. ¿Soy un monstruo, un caso extraordinario de maldad? Pues no, más bien soy normalito. Como yo, hay miles, millones.

Ella, por su parte, quiso saber exactamente el tiempo que llevaba viudo y debió hacer sus cálculos sobre las consecuencias que había tenido en mi joven personita una abstinencia tan inhumanamente larga. O sea que, a fin de cuentas, éramos tal para cual.

Pero yo tenía una visión bastante trasnochada sobre el mundo rural. Hijo cosmopolita de Madrid, pensaba que, en las aldeas de montaña, incluso en el siglo XXI, la calzada que separa al género masculino del género femenino está plagada de señales de prohibida la circulación, de barreras y obstáculos y con más semáforos en rojo que francos pasos cebrá. Pensaba que en el mundo rural se facilita el trayecto que concluye en una iglesia o en el juzgado, pero las desviaciones que evitan tales metas están vigiladas con ocultos radares y con uniformados que multan. Pero estaba equivocado: el soplo fresco de la modernidad había llegado a todas partes, incluso a aquel rinconcito de Cantabria.

En fin, que una noche esperé a que cerrase el bar y me fui a dormir a su casa.

Tras unas horas en sus brazos, salí muy satisfecho, un poco antes del alba, eso sí, para evitar chismorreos aldeanos. Cuando me dio un beso de despedida en la puerta, nos prometimos vernos varias veces a la semana. La bicicleta me esperaba en el árbol de siempre. Cualquiera hubiera podido llevársela.

El farol de la bicicleta iluminaba la cuesta con su pobre haz de luz, y llegué al punto desde donde se divisaba el cementerio. Amanecía. Y, entonces, caí en la cuenta de que aquella noche había sido la primera que había pasado fuera del caserón y, por lo tanto, de la biblioteca. Dejé la bicicleta en la cuneta y me fui andando al cementerio. No había vuelto a visitar la tumba de mi mujer ni siquiera cuando me avisaron por teléfono que acababan de colocar su lápida. La encontré enseguida. Tenía una foto suya, seguramente por disposición de mi abuela. Y bajo la foto, su nombre, sus apellidos, la fecha de su nacimiento y la fecha de su muerte, sin más inscripciones. Elena parecía mirarme con enigmática sonrisa. Viendo aquella maravillosa foto en color de un rostro juvenil y lleno de vida, resultaba extraño verla adherida a una lápida. Traté de reprimir las lágrimas, pero no lo conseguí. Lloré un ratito y regresé, aplastando los tréboles, en busca de la bicicleta, sin sospechar que pronto volvería a pisar aquel cementerio para asistir a otro entierro.

OCHO

Durante unas semanas llevé una especie de diario. Lo llamé «Agendario» y lo subtité «Un híbrido de agenda y diario». Mucho título y subtítulo para tan poco contenido. Anotaba allí lo que había hecho y lo que pensaba hacer. La idea era que cada anotación diaria ocupara varias páginas, pero la pereza es la mejor aliada de la brevedad. Si alguien abriera al azar el agendario, que debe estar por ahí en algún cajón, encontraría, bajo la fecha del día, apuntes tan interesantes y prolijos como este: «Ayer llovió todo el día. No salí de casa». O: «Después de cerrar el bar me fui con Susana a su pisito. Echamos dos polvos». O: «Hoy hace un tiempo muy bonito para perder el tiempo con este diario. Adiós». Sin embargo, los primeros días me esforcé un poquito más y hasta trataba de imitar algunos diarios famosos y también novelas escritas en forma de diario.

Otra cosa que consta en el agendario es la división de mis noches a partir del momento en que Susana se convirtió en mi amante. Escribí con frecuencia frases como esta: «Hoy toca biblioteca», o «Ponte guapo, hoy toca bar y mojar en el pisito».

Escribía toca porque dividí mis noches de la siguiente manera, a fin de ser justo con las partes implicadas: lunes, miércoles y viernes, Susana. Martes, jueves y sábado, espíritu traslúcido.

Lo confieso, me place la equidad.

Los domingos los echaba a suertes valiéndome de una moneda: águila o sol, que es la versión mexicana de nuestro viejo cara o cruz, que, modernizado al euro, sería cara o mapa.

Yo seguía pensando erróneamente que el suyo era un espíritu traslúcido bipolar del que no te podías fiar. Pero me equivocaba y, en el curso de las últimas semanas que pasé con ella, me di cuenta de que había aceptado su condición fantasmal y que gozaba de un gran equilibrio anímico. Se enfadaba como nos enfadamos todos con las contrariedades e injusticias de la vida, pero proporcionalmente y sin volver a llegar al estallido de cólera con el que puso patas arriba toda la biblioteca.

No hubo más ataques violentos ni volvió a planear como aeroplano de guerra por el cielo de la biblioteca para lanzarme proyectiles librescos. En realidad, tras aquella primera noche que pasé con Susana, no hubo otra cosa que una muda escenificación de su malestar. Me vio entrar y se esfumó.

Tenía varias formas de desaparecer: se desmaterializaba lentamente, estallaba como una pompa de jabón, atravesaba las paredes o se disolvía en el aire, y todas ellas indicaban enfado. Si desaparecía de mi vista sin previo aviso era para demostrarme su disgusto. Esfumarse dejándome con la palabra en la boca era su manera de salir de escena dando un portazo.

Ahora, cuando todo aquello ha terminado, pienso que sus reacciones no estaban muy alejadas de las que tendría una mujer normal y enamorada cuando empieza a sospechar que su marido la traiciona con otra.

Recordé que una noche que dormía en brazos de Susana me desperté de golpe por una luz intensa y repentina que iluminó la habitación. El efecto habría sido muy parecido si los faros de un camión hubieran enfocado la ventana. Me quedé quieto con los ojos entornados mientras el espíritu traslúcido nos observaba. Era una noche calurosa y ambos yacíamos desnudos sobre las

sábanas. ¿Se había trasladado del caserón de mi abuela al pisito de Susana para conocer a «la otra»?

Una especie de arrebató sádico me empujó a escarmentarla con un espectáculo que no podía ser de su agrado. En ese momento, yo estaba tendido sobre mi costado derecho, de cara a la pared y como si no me hubiese percatado de la luz que delataba su presencia y fingiéndome medio adormilado, medio excitado y con los ojos cerrados o que entreabría disimuladamente para fingir que no era consciente de su visita, me di la vuelta en la cama y hundí mi cara en los pechos fastuosos de Susana. La bella durmiente se despertó y me dejó besarla sin abrir los ojos y sin ser consciente de otra cosa que no fueran mis labios. Mi forma de despertarla no le molestó en absoluto, y como una gran gata llena de sensualidad, se puso panza arriba, melosa e indolente, y animándome con su entregada pasividad a que prosiguiera con mis caricias. También besaba sus párpados para evitar que se percatase de la luminosidad que irradiaba el espíritu traslúcido. Entonces, la habitación se quedó a oscuras de repente, como si hubieran cortado la luz. Elena no había podido soportar la escena y se había esfumado sin dejar el menor rastro de su espionaje. A la débil luz de la luna proseguí sin muchas ganas lo que había iniciado, aunque sus pezones maravillosamente enhiestos pronto me abrieron el apetito.

NUEVE

El diácono era cuarentón, flaco, alto, con calvicie incipiente. Sobre la ropa seglar se había puesto un alba, con una estola cruzada. Sus zapatos negros ya se habían manchado de barro. Dominaba el arte de hablar en público. Paseó su mirada por la multitud, apiñada en torno a la tumba que se abría, receptiva, cerca de sus pies.

—Estamos reunidos, queridos hermanos, para cumplir un deber humanitario y cristiano: dar sepultura a nuestra hermana...

Aquí el diácono pareció quedarse en blanco un momento, porque, pese a conocerla personalmente, se le había olvidado el nombre de la difunta y se le figuró poco delicado preguntarlo, de modo que fingió un repentino enronquecimiento de la voz, emitió una tosecilla por tres o cuatro veces y, aclarada la garganta, solapó el inoportuno olvido con la habilidad de quien tiene muchas tablas en tales asuntos y no se arredra por estar dirigiéndose a docenas de personas (tal vez estábamos ahí congregados unas ciento cincuenta), y prosiguió fingiendo leer en el libro que contenía el ritual de exequias, cuando en realidad articulaba de memoria porque el texto se lo sabía de carrerilla después de haberlo recitado en innumerables entierros, cosa que seguiría haciendo hasta que le llegase el turno de ser no el orante, sino el mudo ocupante de la caja y entonces sería otro sacerdote de su parroquia quien le aplicase a él las mismas o parecidas palabras.

—Si es verdad que su separación corporal os entristece —continuó en un tono discretamente compungido para inmediatamente agregar sin rastro ya de compunción—, a quien tenemos el don inestimable de la fe cristiana la esperanza de volver a reunirse con ella en la casa del Padre os debe consolar...

Todos los asistentes al entierro teníamos abiertos nuestros paraguas. La intensidad de la lluvia variaba en breves espacios de tiempo, a veces arreciaba, a veces amainaba y en el momento en que el diácono, que seguía sosteniendo su libro con las dos manos porque su acompañante se ocupaba de protegerlo con el paraguas hablaba del consuelo de la fe, caía un ligero calabobos.

El ataúd estaba depositado sobre la tierra, junto a la tumba recién excavada que lo iba a engullir. Los dos enterradores cubiertos con chubasqueros esperaban el momento de entrar en faena. Los dos tenían llamativos rasgos: el más viejo, bebedor empedernido, poseía una nariz enorme y deforme, surcada de venillas azulencas, en medio de un rostro flaco y huesudo; el más joven, una prodigiosa nuez de Adán, que subía y bajaba cuando tragaba saliva; era nuevo en el oficio y se limitaba a imitar a su compañero, ambos cabizbajos tras las palas clavadas en el montón de tierra. El concejal que llevaba los asuntos del cementerio sabía que eran un par de borrachines y cruzaba los dedos para que todo saliera según las normas del decoro. En realidad, fue un entierro sin percances que reseñar, pese a las dos botellas de vino que los sepultureros se habían echado entre pecho y espalda.

Las tres hijas de la muerta lloraban en silencio, mientras el diácono seguía con el ritual:

—Oremos —declamó

Vistos desde el cielo, los que habíamos acudido al cementerio a despedir a la difunta

conformábamos un gran toldo policromo de paraguas en el sector sur del camposanto. En el resto del cementerio, que se extendía por toda la ladera de la colina, no se veía un alma, si se me permite la expresión, y en la parte más vieja y más descuidada, la hierba crecía entre las tumbas cuyos ocupantes, pese a la promesa que contenía sin excepción las lápidas, hacía mucho tiempo que habían sido olvidados. El camposanto carecía de tapias, ni siquiera estaba rodeado por una cerca de madera, quizá porque las autoridades municipales que tomaban las decisiones sobre el cementerio recordaban la consideración de Valle-Inclán, nacido en la no menos verde Galicia: «¿Para qué tapiar el cementerio, si los que están dentro no pueden salir y los que están fuera no quieren entrar?». Sin embargo, la ingeniosa frase no tenía validez universal: sin ir más lejos, la difunta sí había querido entrar.

El oremos no había que interpretarlo al pie de la letra. El diácono oraba solo:

Padre de misericordias y Dios de todo consuelo,
que con amor eterno cuidas de todos nosotros
y transformas la oscuridad y la muerte
en aurora de vida,
mira a tus hijos que sufren en la tribulación...

Y, arrullado por la salmodia, yo me acordé de mi último encuentro con la difunta. ¿Todavía no he dicho quién era? La pastelera. La charlatana compulsiva había enmudecido para siempre.

Vivía en una segunda planta de un edificio que se levantaba enfrente de su negocio y el día anterior, sin previo aviso, sin haber dejado la menor pista de su irreversible resolución, se había arrojado por la ventana del comedor. La policía local, mientras esperaba la orden del juez para levantar el cadáver, encontró del todo imposible una caída accidental, poco probable el suicidio y verosímil el asesinato. Al día siguiente de su muerte, cuando ya se disponía del resultado de la autopsia, que descartaba una muerte violenta y criminal, el agente encargado del caso siguió aferrándose a la idea del asesinato por razones físicas y psicológicas. Físicas, porque se le antojaba que nadie se suicida precipitándose de un segundo piso, una altura que no garantiza la muerte. Psicológicas, porque conocía personalmente a la pastelera y la consideraba la mujer más sociable del pueblo, que hablaba con todo el mundo, regalaba a los niños que entraban con sus madres en la pastelería almendras garrapiñadas o caramelos y, pese a su natural bondadoso, contaba con enemigos encarnizados que vivían en el mismo edificio de tres plantas. Los de arriba se las apañaban para llenarle el techo de enormes manchas de humedad con fugas de agua que se negaban a reparar; los de abajo, ponían la lavadora de noche (situada en un cuarto que se encontraba justamente debajo de su dormitorio) y hacían coincidir con diabólica crueldad el centrifugado con el momento en que ella buscaba el primer sueño, pues conocían sus costumbres y el modo de causarle el mayor daño.

El velo de la lluvia caía más denso sobre el cementerio; el ataúd, por fin depositado en el fondo de la tumba, recibía las primeras paladas de tierra, y en ese momento yo me recriminaba no haber sido más paciente con ella y no haber comprendido que su verbosidad compulsiva obedecía a algún tipo de problema psicológico, a un desorden cerebral, a una enfermedad. Pobre mujer: cuanto más necesitaba ser escuchada, más prisa nos dábamos todos en huir de ella.

Cuando uno se suicida deja de ser para su médico de cabecera un paciente para convertirse en un asunto judicial.

Cuando hay una lesión traumática, como fue el caso de la pastelera, se simplifica el trabajo del médico certificador de la defunción.

Los que se suicidan a cara descubierta, alegremente, a la luz del día, ante multitud de testigos,

¿deberían estar exentos de la autopsia? A los suicidas se les practica obligatoriamente la necropsia, una precaución legal que, en muchos casos, por la forma incontestable y pública que eligen para suicidarse, resulta claramente innecesaria. Por otro lado, se puede reprochar a ciertos suicidas la falta de delicadeza al no dejar una nota de suicidio, como si lo único que les interesa y persiguen es quitarse de en medio. Yo soy partidario de las notas suicidas y en ellas solo veo ventajas, independientemente de las razones que el suicida exponga, culpándose a sí mismo, culpando a las circunstancias, culpando a los amigos, culpando a la familia o culpando a una cruel damita que se niega a corresponder al amor que inspiran sus encantos.

A veces los suicidas necesitan dejar constancia de su soledad, o de su desesperación, o de su rabia... Son los que se toman la molestia de escribir una nota suicida, que puede ser muy concisa — unas pocas palabras garabateadas en un papelucho, o en un espejo con un pintalabios— y en otras ocasiones la nota es algo más extensa, contiene más información y entonces recibe el nombre un poco pomposo de «autopsia psicológica».

En la cúspide de la delicadeza coloco a los suicidas que, yendo más allá del deber, dejan, en vez de un mensaje escrito, una grabación de vídeo. Es un punto a favor del suicida el que sepa utilizar las nuevas tecnologías para hacer llegar su mensaje. Me es indiferente si el propósito que persigue el suicida con su comunicado es aliviar el dolor de sus familiares, o si, por el contrario, es aumentarlo al considerarlos culpables de su muerte. Normalmente, en los momentos que preceden al suicidio, uno se siente magnánimo, comprensivo y dispuesto a perdonar. Pero también hay suicidas resentidos que no dejan pasar la ocasión para culpar a alguien en particular de su muerte, esperando que esta acusación caiga sobre su conciencia, si es que la tiene, y le amargue el resto de la existencia.

Si el policía local, un soñador que soñaba con resolver un asesinato, seguía rechazando el resultado de la autopsia y dudaba acerca de si el crimen había sido cometido por los vecinos de arriba o por los vecinos de abajo, se debía a que la pastelera pertenecía al grupo desconsiderado de suicidas que prescinden de dejar una nota de suicidio.

Es frecuente que el suicidio vaya precedido de una fuerte depresión, pero también puede tener su origen en los valores aberrantes que se dan en todas las sociedades y culturas. Todos los pueblos tienen creencias y tradiciones verdaderamente bárbaras. En nombre de tradiciones centenarias se cometen verdaderas aberraciones. Una vez leí en alguna parte la nota que dejó un turco que se suicidó tras matar a su mujer después de descubrir en la noche de bodas que no era virgen. Era concisa, eso sí, y esclarecedora. Con menos de una docena de palabras, logró recoger lo esencial, sin quejas ni desahogos dramáticos. A pesar de su laconismo lapidario, podría decirse que la nota de suicidio constaba de dos partes bien diferenciadas: una declaración de amor filial y una explicación categórica sobre el origen— que no la causa— de su muerte (era militar y se disparó en la boca con la pistola de reglamento del ejército turco).

La nota suicida decía así:

«Madre, te quiero. Padre, te quiero. La chica estaba estropeada».

DIEZ

Los acontecimientos se precipitaron. Ya no recuerdo si la decisión de cambiar de aires fue formándose lenta e inconscientemente o si la tomé de golpe, pero un día empecé a encontrar insufrible la vida rural. Echaba de menos el barullo y la agitación de la gran ciudad. Quería ver en mis paseos rascacielos y calles congestionadas por el tráfico, bares en todas las esquinas, teatros, gentes departiendo en concurridas terrazas, manifestaciones multitudinarias, tumultos, ríos humanos fluyendo por las vías peatonales, claxonazos y contaminación, cualquier cosa menos vacas en verdes pastizales.

Libre de compromisos y ataduras, podía hacer lo que me diera la real gana. Siempre he sido víctima de un curioso espejismo: cuando mi vida caía en la monotonía, cuando los días se me antojaban repetitivos y aburridos, cuando mi voluntad se sentía insatisfecha, me engañaba con una solución ilusoria: mi vida sería mejor, más rica, más interesante si cambiaba de lugar. Pero el que cambia de lugar inevitablemente se lleva consigo a sí mismo, nadie escapa de la cárcel del yo, una prisión de la que es imposible fugarse, y el cambio de decorado no introduce la menor mejora en la obra, cómica o trágica, que se ve obligado a representar. En cada viaje, uno se lleva, junto con el equipaje, sus costumbres, sus hábitos y su maldito yo.

Así pues, decidí volver a Madrid. Previamente, tenía que despedirme de tres mujeres: mi abuela, mi amante y mi fantasma, que, si no era propiamente una mujer, sí era el fantasma de una mujer, o, si se prefiere, un espíritu traslúcido del género femenino. A mi abuela se lo comuniqué durante un paseo por los jardines de la mansión. No se sorprendió. Le extrañaba mucho mi larga permanencia en aquel lugar solitario y comprendió que quisiera cambiar de aires: sólo me pidió que la llamara con frecuencia.

Me imaginé que la segunda despedida me resultaría bastante más problemática: las abuelas siempre son comprensivas, las amantes nunca. Al caer la tarde, me subí a la bici y bajé al bar de la aldea para comunicarle a Susana mi decisión de partir de Cantabria. Mientras pedaleaba cuesta abajo, decidí que se lo informaría de sopetón, sin prepararla. A veces los preparativos para endilgarle a alguien una mala noticia asustan más que la noticia en sí misma.

Suelo hacer apuestas conmigo mismo sobre las reacciones de las personas que creo conocer cuando las enfrento a nuevas circunstancias. Todo el mundo se considera un consumado psicólogo, y yo no era la excepción. ¿Lloraría al comunicarle mi partida? Aposté a que sí. ¿Protestaría, me insultaría? Casi seguro. ¿Cambiaría luego de registro y me imploraría? Sí, lo haría. ¿Me pediría con lágrimas en los ojos que no me fuera? Le prestaría mi pañuelo. Pero yo, inflexible, nunca revoco mis resoluciones, sufra quien sufra y caiga quien caiga. Suponía que aquella noticia inesperada le amargaría el día, pero la vida es dura y cruel.

Entré en el pueblo pedaleando lentamente. Alguien me saludó desde la acera, le respondí levantando un brazo y lo vi desaparecer en un portal. El cielo estaba despejado. Dejé la bicicleta en el árbol de siempre y me dirigí al bar. Ya había oscurecido, soplaba un viento molesto y la calle estaba desierta. Me pareció ver unas luces tras el escaparate de la pastelería, que no estaba cerrada por la hora, sino por la muerte de su dueña.

«Cerrado por defunción» es un aviso que se ve en tristes ocasiones en puertas y persianas metálicas de muchas tiendas de barrio y pequeños locales comerciales, pero que nunca veremos en la verja de un cementerio, ni siquiera si el muerto es el enterrador. Me desvié hacia la pastelería. Pegué la nariz al cristal y enseguida tuve la sensación de que en el interior ocurría algo raro. En la puerta colgaba el cartel de cerrado, pero al apoyarme sobre ella, se abrió, como invitándome a entrar. Cometí la tontería de aceptar la muda invitación. Entré decidido y me llevé un susto cuando hice sonar la campanilla que avisaba de la llegada de un cliente. Tras una rápida inspección, todo parecía en orden, salvo el hecho de la puerta abierta. Busqué el interruptor de la luz y no lo encontré. Eché un vistazo detrás del mostrador y entonces descubrí que la caja registradora tenía el cajón del dinero abierto y vacío. De haberse cometido un hurto, sería de poca monta. Tal vez un niño se había llevado algunas golosinas y unas monedas. De pronto, resonó un agudo lamento, que ponía los pelos de punta. Provenía de la trastienda, cuya puerta estaba cerrada. Reparé en la línea de luz debajo de la puerta. Alguien campaba por sus respetos en la trastienda. Se me antojó que el agudo lamento no era más que un truco para asustarme e invitarme a salir corriendo. La sospecha del niño ladronzuelo tomó fuerzas. Se había metido a robar en la pastelería del mismo modo que Jack el de las habichuelas mágicas robaba en el castillo del gigante. Sentí que tenía el deber moral de evitar las tropelías de aquel granujilla e interrumpir, salvándole de sí mismo, su carrera criminal. Entré en la trastienda... y me quedé de piedra.

Lo diré sin preámbulos: era el fantasma de la pastelera. Su aspecto era mucho más sólido que el de mi querida Elena. Llevaba un cerrado vestido rosa, con un lazo en el pecho, que podría haber pertenecido a una niña. Cuando me vio asomarme, pareció experimentar una gran alegría: por fin tenía alguien con quien hablar. Se desplazó flotando a poca distancia del suelo, ocupando el vano de la puerta y obligándome a entrar en la trastienda. No me iba a dejarme escapar sin antes ponerme al tanto de sus tribulaciones.

La trastienda había sido el obrador donde el marido de la pastelera, un genio de la repostería que tenía la desgracia de padecer diabetes tipo 2, elaboraba sus dulces alimentos. Como tantos diabéticos desconocía su enfermedad que le llevó a morir, según el certificado de defunción, de un accidente cerebrovascular. Confeccionaba postres irresistibles, tapas dulces, petisúes, profiteroles, bollos, pays, inefables pastelillos de crema y chocolate... Aparte de la gran mesa que ocupaba el centro de la trastienda, había estanterías, congeladores, sacos de harina, de almendras y de azúcar, de modo que el fantasma desde el momento que decidió encararse conmigo, no tuvo dificultad para llevarme al terreno que deseaba y fácilmente acabó acorralándome en el hueco entre las paredes laterales de dos grandes armarios. Me tenía en sus garras. ¿Hay algo más agradable para una charlatana compulsiva que disponer a su antojo de una víctima indefensa? Empezó explicándome su situación. ¿Por qué estaba en la trastienda y no en su comfortable pisito?

—¿Sabes lo que son? ...Ah, no lo sabes. ¡Hijos de la gran puta, eso es lo que son!

Enseguida comprendí que no se refería a sus hermanas, sino a sus vecinos. La habían expulsado de su casa, con sus cañerías ruidosas y rotas, con las manchas de humedad, cada vez más grandes, con sus lavadoras de medianoche y sus televisores a todo volumen. De ahí que hubiera tenido que refugiarse en la pastelería.

A veces utilizaba expresiones sumamente soeces para referirse a sus enemigos, pero también sazonaba su discurso con expresiones de un virtuosismo lingüístico y un dominio del arte de insultar que me asombraba:

—¿Es justo, pregunto, lo que hacen conmigo? No te lo he contado, ¿verdad? Bueno, pues ahora

te lo cuento, pues se me figura que no tienes prisa y me gustaría conocer tu opinión.

—La verdad —me atreví a interrumpir al fantasma— es que tengo mucha prisa —Miré el reloj—. Uf, qué tarde es. Llego tarde. Otro día me lo contarás.

—Quieto, maleducado. Parece que os falta tiempo para cumplir con vuestras obligaciones cuando en realidad no tenéis nada que hacer. ¿Sabes cuál es una de las peores desgracias de este mundo? Que nadie sabe escuchar. ¿Te acuerdas del griego ese del candil que buscaba un hombre? Pues yo también busco a uno, pero a uno que sepa escuchar. Y no lo encuentro porque no existe. Y, para tu tranquilidad, de adelantaré que no te voy a contar nada del otro mundo. Voy al grano.

De pronto me vi envuelto en uno de sus interminables parloteos.

—Hace unos días— me dijo— avisé al vecino de arriba que tenía en mi techo una mancha de humedad para que avisara a su seguro. Yo, por mi parte, avise al mío, Seguros Generales Hogar, Dulce Hogar, y me contestó que había que practicar ciertas aperturas en mi vivienda para determinar si la avería era del vecino de arriba o era de la bajante comunitaria. Me pareció muy sensata la postura de mi seguro: lo primero era establecer con certeza de dónde provenía la mancha. El seguro del vecino de arriba me envió un fontanero, que me abrió el techo de mi baño, que es de escayola, para comprobar si había alguna fuga en las tuberías. Se comprobó que no había ninguna fuga, con lo que solo quedaban dos opciones: o el problema estaba en la bajante comunitaria, o la fuga provenía de los tubos de la calefacción, que están debajo de la tarima flotante. Al respecto de los tubos, el fontanero dijo: «Es una cantera muy grande», y ahí quedo la cosa. Me puse en contacto con el administrador, y vinieron a ver la mancha, al día siguiente vino otro fontanero, mandado por el seguro de la comunidad, y me picó la pared a la altura del techo, cerca de la moldura de escayola, y dijo que sí, que había humedad, que eso se palpaba en el techo y parte de la pared, pero, que no provenía de la bajante. Este buen hombre, tras un examen más a fondo, dijo que el problema radicaba en los tubos de la calefacción del piso de arriba, tubos que deberían tener un poro por el que se perdía el agua. Una vez localizada la avería, se lo comuniqué al vecino, dándole un teléfono de contacto, para que venga el seguro de la comunidad a levantar el suelo. El vecino, un auténtico hijo de puta, se niega a que se repare la avería, dando largas al seguro. Llevamos así no sé cuántas semanas, y se acerca el invierno. no acepta que se repare su avería, porque dice que si no le va a subir de precio su seguro. ¿Se puede ser más cerdo, más miserable, más egoísta? ¿Y si, pregunto yo, lo que ahora es una mancha, más a delante se transforma en una gotera? ¿Se puede echar el seguro atrás, y obligarle a pagar los gatos de reparación a él, por haberse negado a la reparación? No, no pienso denunciarle. Haré algo mejor: me divertiré atormentándole.

Estalló en una carcajada que causaba escalofríos. Se alejó de mí, riéndose, y aproveché el momento para escabullirme. Salí corriendo del trastero. Con esa espantable clarividencia que se posee en las circunstancias peligrosas, vi una forma de poner al fantasma a buen recaudo. La puerta de la trastienda se abría hacia afuera y coloqué una silla inclinada bajo el pomo, de modo que le impidiera salir. Estaba probando la solidez del invento, cuando el fantasma atravesó la pared y, viéndome atareado con la silla y el pomo, redobló sus alegres y, sin embargo, escalofrantes carcajadas. No me di por vencido.

—¡Mira! —grité, señalando el techo—. ¡Una gotera!

Mordió el anzuelo, se puso a observar con preocupación el cielorraso y escapé indemne de la pastelería. Alcancé a escuchar que me dirigía ominosas amenazas en un lenguaje extremadamente soez. Sabía que no se atrevería a perseguirme por la calle. Mientras me alejaba, hice algunas reflexiones que quizá podrían serle útiles a un estudioso que se decida a escribir ese tratado de

fantasmología que tanta falta nos hace. Primera reflexión: el carácter sigue siendo el mismo después de la muerte. Refranes fatalistas como «genio y figura hasta la sepultura», o «el que nace chicharra muere cantando» retratan a la perfección la persistencia del carácter a través de la vida...y de la muerte. Además, el carácter del hombre es constante: permanece el mismo a lo largo de toda la vida. Bajo la cambiante envoltura de sus años, sus relaciones, incluso sus conocimientos y pareceres, se encierra, como un cangrejo en su caparazón, el idéntico y verdadero hombre, totalmente inmutable y siempre el mismo. La charlatanería compulsiva era el rasgo más llamativo de la pastelera, viva o muerta, y si algún día cambia de dimensión y se traslada a un mundo inimaginable para nosotros, pobre del ser al que pille por sorpresa y lo someta a su inagotable verbosidad.

Me alejé calle abajo. Las luces del bar me recordaron lo que había venido a hacer. Tras despedirme de mi abuela me tocaba despedirme de Susana; dejando para el final a Elena. Algunos tipejos miserables encuentran más cómodo despedirse por teléfono. O, incluso, desaparecer sin más. Suspiré resignado por el mal trago que me esperaba, pero satisfecho por comportarme con dignidad.

Entre Susana y yo no mediaban promesas ni compromisos, y en teoría cualquiera de los podía dar por terminada la relación, pero uno no conoce las reacciones ajenas, y yo, al comunicarle cara a cara el fin de la nuestra, me exponía a sufrir una situación más que desagradable.

Desde la calle, a través de la puerta acristalada alcancé a ver a Susana en la barra. ¿Cómo se lo tomaría?

Entré. Algo me decía que me esperaba una situación desagradable y pensé: al mal trago darle prisa.

—Me voy a Madrid —le dije de golpe, tomando posesión de mi rincón favorito del mostrador.

—¿Cuándo? —preguntó mientras calentaba leche en la cafetera—. ¿Quieres un café?

—Sí, un exprés. Me voy mañana.

Susana pertenecía a esa clase de mujeres que tienen un gran control de sí mismas y no resultaba fácil descubrir sus emociones. Sin duda, pensé, sería una buena jugadora de póquer.

El camarero vació la bandeja en los aledaños del fregadero. Me sonrió a modo de saludo.

—Ah, Manolo —dije—. Aprovecho para despedirme. Mañana regreso a Madrid.

—Te volveremos a ver pronto por aquí, ¿verdad?

Era una pregunta meramente cortés, no requería una respuesta seria. Pero como Susana no podía estarse quieta y mientras el café caía a cuentagotas desde las dos boquillas del filtro al interior de la pequeña taza blanca, parecía absorta en el trabajo de fregar la vajilla sucia, muy cerca de mí, opté por descubrir que sentía de verdad tras aquella máscara de indiferencia que seguramente se había puesto para ocultar la tempestad de sus sentimientos.

—Me temo que no —contesté—. Me temo que tardaré mucho tiempo en poder volver, más del que me gustaría —añadí en un tono dramático, al tiempo que miraba de reojo a Susana para estudiar su reacción. Me admiró su autodominio. Aparentemente mis palabras no parecían haberla afectado. Terminó de fregar, sacudió las manos sobre la pila y luego se secó tranquilamente con un paño, todo ello manteniendo un semblante inalterado

—Pues te echaremos de menos —dijo el camarero, y se fue a atender a unos recién llegados.

Susana me sirvió el café y se acuclilló para limpiar el interior de una nevera. Di el primer sorbito al exprés. Esa noche tocaba biblioteca y solo había bajado a la aldea para despedirme de ella. Pero al observar sus movimientos, yo de pie, ella agachada y con la blusa holgada separándose de su cuerpo, tuve una visión panorámica de sus grandes senos blancos (no llevaba

sostén) y cambié de opinión. Tocaba despedida tórrida.

El camarero trajo otra remesa de vajilla sucia. Infatigable, Susana la trasladó al fregadero.

—¿Así que te vas mañana? —dijo mirando al trasluz un vaso recién lavado—. ¿Tan pronto?

—Asuntos importantes me reclaman en Madrid.

Si me hubiera preguntado qué asuntos eran esos, no habría sabido qué decir. Pero, imparable, se dedicó a nuevas tareas: limpió los residuos del café molido derramado alrededor del molinillo, limpió los restos de café depositados en el portafiltros, limpió el vaporizador y la lanceta donde había calentado la leche, limpió la bandeja de la cafetera, que brillaba, ordenó la hilera de botellas apoyadas en el gran espejo, pasó un paño húmedo por el mármol del mostrador... Yo la miraba estupefacto. ¿Se había olvidado de mí?

—¿No tienes nada que decirme? —pregunté.

—¿Cómo? —preguntó ella a su vez, distraída.

—Acabo de informarte que me voy.

—Sí, claro —confirmó. Por primera vez me miró detenidamente. Me preparé para el capítulo de quejas y reproches. El bar estaba casi vacío. El camarero había salido a la calle a fumarse un cigarro. Me tenía a su disposición para cubrirme de improperios. Lo que no me esperaba fue lo que dijo en un tono entre cortés y ausente:

—Que tengas buen viaje.

«Buen viaje». ¿Eso era todo? ¿Me iba y me deseaba un buen viaje?

Dramaticé:

—Es posible que no nos veamos en mucho tiempo.

—En ese caso, que tengas buena suerte.

«Buena suerte». ¿Eso era todo?

Opté por subir el registro dramático bordeando el tono trágico, como un mal actor sobreactuando en una escena crucial.

—También cabe la posibilidad de que no volvamos a vernos nunca más. *Never more*, como dijo el cuervo. Nunca jamás.

Ella siguió lavando los últimos vasos y, sin levantar la vista del fregadero, asintió.

—No me extrañaría que no volviéramos a vernos —dijo—. La vida es así.

«La vida es así». ¿Y qué demonios significa semejante vaguedad?

Cuando comprendí que no iba a arrojarle a mis brazos entre sollozos para suplicarme que no me fuese y gritarme que me amaba; cuando vi que todo aquello no iba a suceder y que mi partida no era para ella ninguna tragedia, me quedé un poco decepcionado. El consumado psicólogo que yo me creía había supuesto vanidosamente que Susana me amaba. No podía ser de otra manera: conocerme es amarme.

Lo confieso, soy un hombre corriente y moliente, es decir, soy un fatuo.

Me rehíce del golpe asestado a mi vanidad masculina y, tras la sorpresa que me produjo su indiferencia hacia mi partida, opté por el pragmatismo. Lo confieso, soy un pragmático, y le pregunté:

—¿Qué te parece si cuando acabes el trabajo echamos el último polvo? — y agregué—: El polvo de la despedida.

Y ella, secándose las manos con un paño, repuso sin entusiasmo:

—Bueno.

Mi despedida sexual de Susana no fue gran cosa. Estuvo poco participativa, nada pasional, casi frígida, dejándome hacer, mientras mantenía sus labios succionadores en mi cuello para

provocarme un chupetón, su regalo de despedida, que me obligó a usar cuellos altos hasta su desaparición.

Ni pasión ni frenesí. De todas las veces que hice el amor con ella, fue la peor y, sin embargo, recuerdo detalles anodinos que inexplicablemente sigo conservando en la memoria pese a su futilidad. Qué lejos del vibrante erotismo de los primeros encuentros, dos viudos hambrientos enzarzados en un combate cuerpo a cuerpo. Una vez incluso caímos de la cama sin sentir el golpe y rodamos por el suelo entre gritos y jadeos en un furioso arrebato. Esa última vez todo concluyó maquinalmente, a cámara lenta. Nos separamos para yacer de espaldas sobre las sábanas. Después, se quedó dormida.

Me vestí en silencio y salí del piso cerrando con cuidado la puerta. Hala, adiós. La vida es así.

Faltaba la tercera despedida, la más importante para mí; en realidad, la única. Aunque llegaba con notable retraso, debería estar esperándome, pues, como ya he dicho, hoy tocaba biblioteca.

En el silencio de la noche debió oír el ruido de la bicicleta y colocó las piezas de ajedrez para que me diese tiempo a jugar una partida, incluso encendió el portátil por si prefería enfrentarme al programa del ordenador, al que era facilísimo derrotar si se elegía el nivel más bajo.

Entré en la biblioteca no en pijama, como era la costumbre, sino con la ropa de calle y supongo que, para el fino olfato de un fantasma, oliendo a sexo.

Me dejé caer en uno de los sillones, adoptando un aire taciturno. Elena percibió mi desazón porque rondaba a mi alrededor, preocupada e inquieta. Esperaba de mí algún tipo de confidencia. Faltaba mucho para el amanecer y yo no tenía prisa para comunicarle que la iba a abandonar.

Me partía el corazón ver su aire lastimero. Ignorando el tablero de ajedrez, permanecí contra mi costumbre en el sillón, junto al globo terráqueo, con las piernas estiradas y dobladas por los tobillos. Dejé pasar unos minutos, fingiendo que me había entregado a profundas cavilaciones, mientras distraídamente giraba la esfera terrestre.

Ella ascendió al entresuelo en una lenta levitación desde el centro de la biblioteca, y se dispuso a tomar un libro de la sección de poesía.

—Querida —le dije después de un buen rato—, ¿serían tan amable de bajar y prestarme un poco de atención? Sabes, tengo algo importante que decirte.

Se apartó del anaquel y levitó sobre la barandilla de la pasarela y empezó a descender lentamente, como un gran globo al que se le agota el helio. Desde que había dejado de visitarla a diario por culpa de Susana, sus desplazamientos por la biblioteca carecían de la loca vivacidad de antaño, se movía lánguidamente, casi dolorosamente, como un espíritu traslúcido viejo y enfermo en trance de migrar a otra dimensión no deseada.

Se detuvo a un metro del suelo, frente a mí, y yo incliné hacia atrás el respaldo del sillón para estar más cómodo.

Carraspeé y, aclarada la garganta, entré en materia.

—Estaré fuera algún tiempo —empecé a mentir—. Volveré pronto.

Aquello no era más que el preámbulo o los titulares de un bonito discurso que había preparado para engañarla con mentiras piadosas.

—Será una ausencia breve —continué—, tal vez un par de semanas, un mes como mucho.

Cuando mientes es bueno atacar, culpar a tu víctima de algo.

—Asuntos importantes me reclaman en Madrid. Asuntos legales y fiscales. No todos tenemos la suerte de poder pasar nuestra existencia leyendo cuentos de hadas o poemas sobre si las golondrinas volverán o no volverán. Los vivos no lidiamos con princesas o con rimas, sino con abogados, notarios, inspectores de Hacienda, asesores fiscales y más abogados, abogados y

abogados, que, según un chiste, se parecen a los plátanos en que no hay ninguno derecho... ¿Qué es un ogro de esos que se alimentaban de carne humana comparado con un bufete de abogados? Corres menos peligro en un aquelarre que en un bufete. Fray Luis de León, que no era de León, sino de Cuenca, así como los tres mosqueteros no eran tres, sino cuatro, escribía bellos versos horacianos y escapistas: «Qué descansada vida la que huye del mundanal ruido...». Pero a los vivos no nos queda tiempo para la poesía ni para los sueños. La vida es un combate y se muere con las armas en la mano, según dijo un gran filósofo. Y un empresario americano que impulsó esa cadena de restaurantes de comida rápida, no recuerdo si McDonald's o si Kentucky Fried Chicken, dijo: «La suerte es proporcional al sudor. Cuanto más sudas, más suerte tienes». La vida, querida mía, no es un juego, hay que esforzarse constantemente y, leyendo poesía, se suspira mucho y se suda poco...

Asqueada por mi tono que rezumaba hipocresía y falsedad, giró sobre sí misma, como dándome la espalda, y levitó hacia el altillo.

Junto al tablero de ajedrez yo guardaba el libro de Juan Ramón. Abandoné el sillón y fui a buscarlo.

Después, contradiciéndome me puse a declamar con mucha prosopopeya mi poema favorito, *El viaje definitivo*:

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Recitaba los versos con un tono ampuloso, paseando de un lado a otro con el libro en las manos. Era un poema sin golondrinas, pero con pájaros, posiblemente gorriones. Seguí recitando estrofas con ridícula afectación:

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado.
Mi espíritu errará, nostálgico...

Era, en definitiva, el punto final a nuestra relación. Pero volví a mentir:

—No te preocupes —la consolé—, volveré. No sé cuándo, pero volveré.

Por primera vez en toda mi relación con ella, la engañaba. Y lo hice pensando que era lo que a ambos nos convenía. Si no es posible el amor entre seres de distintas especies, menos aún entre seres de distintas categorías existenciales. Reaccionó de una forma que yo no esperaba. A diferencia de Susana parecía seriamente afectada. Tratando de sustraerse a mi vista, se ocultó a medias en un rincón y emitía quejidos que me partían el corazón.

Después de un rato largo escuchando sus lamentos, acabé encolerizándome. Es curioso cómo sin estar siquiera enfadado, basta con imitar los gestos propios de la cólera para sentirla de verdad. Me enfurecía ver su mansedumbre, su silencioso dolor.

—¡Pero qué demonios quieres de mí! —exploté—. ¡No eres mi mujer! ¡Ni siquiera eres una mujer! ¿Qué coño eres? ¡Una cosa traslúcida! ¿Te has visto en un espejo, si es que los espejos reflejan tu imagen? ¿Qué mierda eres? ¿Un vapor, un gas? ¿De qué puta sustancia estás hecha? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué carajo pintas en este mundo? ¿Por qué no te vas al cielo, o adonde sea? Y si no te gusta el cielo, ¿por qué coño no te vas al puto infierno?

Esta vez no me arrojó el tomo 70 de la Espasa, pero me lo merecía. Yo le gritaba sabiendo que era tremendamente cruel y tremendamente injusto. Ella seguía gimiendo en su rincón. Entonces fui

yo quien empezó a tirar al suelo los libros de un estante. Me comportaba como si fuera la víctima y no el verdugo. Ya no era el patito feo, sino la Señora Pata. Incluso cogí al azar un tomo gordo, el estupendo *Diccionario ideológico de la lengua española* de Julio Casares, y lo levanté para arrojárselo. Ella, flotando a un paso del suelo con aire lastimero, esperó el golpe sin intentar esquivarlo ni ponerse a salvo. Le arrojé el mamotreto de tapas duras, y fallé. Exasperado por mi mala puntería miré a mi alrededor en busca de otro instrumento de ataque, y entonces reparé en la panoplia con sus dos sables cruzados. Al dirigirme hacia la pared, tropecé con el globo terráqueo, golpeándome la rótula con el eje, lo que me enfureció todavía más. Cojeando de dolor, llegué a la panoplia y extraje un sable. Estaba dispuesto a hundirle la hoja hasta la cazoleta, pero debió parecerme insuficiente para herir a un espíritu traslúcido y con las dos manos en la empuñadura lo levanté sobre mi cabeza, como hacen los samuráis en las películas cuando pretenden partir en dos un cuerpo humano con su catana.

Cada vez que recuerdo esta escena siento vergüenza y horror de mí mismo. Y me gusta creer que fue una reacción de locura transitoria y no una imperfección de mi carácter.

Afortunadamente, recuperé la cordura y, avergonzado, dejé caer el sable, que rebotó con un sonido metálico sobre el suelo.

Ante mis ojos, que aún debían conservar un resto de extravío y de locura, el espíritu traslúcido se esfumó. Todo había terminado.

—¡Elena! ¡Elena! —la llamé a gritos.

La busqué como un idiota por toda la biblioteca y cuando acepté su desaparición y tuve la idea espantosa de que aquel había sido nuestro último encuentro, empecé sin saber muy bien lo que hacía a recoger los libros que había tirado al suelo, y mientras volvía a colocarlos en su sitio, quise leer sus títulos, pero me fue imposible porque me lo impedían las lágrimas.

Y puedo afirmar sin faltar a la verdad que esta vez no eran lágrimas de autocompasión, pues casi siempre lloramos sin saberlo por nosotros mismos, no, no lo eran porque también lloraba por ella, sobre todo por ella.

Me marché al día siguiente. Mi abuela, a la que le comuniqué la partida durante el desayuno rompiendo el sacrosanto silencio matutino, se empeñó en llevarme personalmente al aeropuerto de Santander.

Mientras se cambiaba de ropa, saqué mi equipaje y la esperé afuera. Había dado órdenes de que le trajesen el coche. Levanté los ojos hacia la ventana de la biblioteca. Nunca estuve seguro de si ella estaba oculta asistiendo a mi marcha, o si lo que creía ver no era más que el viento agitando las cortinas.

—¡Lo siento! —grité hacia la ventana—. ¡Perdóname! ¡Me voy para siempre!

—¿Con quién hablas? —se extrañó mi abuela, saliendo de la casa al tiempo que buscaba las llaves de su coche en el bolso.

—Con la casa —dije.

—¿Con la casa? ¿Te has vuelto loco?

—Si nos despedimos de las mascotas, que no pueden entender una palabra, ¿por qué no despedirnos de un edificio maravilloso que, a su manera, también tiene su vida propia.

—Anda, sube.

Metí el equipaje en el portaequipaje y ocupé el asiento del copiloto.

Recordé su forma de conducir, comprensible en una persona veinteañera, inaceptable en una de su edad.

—¿Quieres que conduzca yo, abuela?

—No. Ponte el cinturón.

El coche arrancó lentamente y yo resistí la tentación de mirar hacia atrás. Pero en el espejo retrovisor alcancé a ver la mole completa del caserón.

«Y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando».

—Si quieres que te diga la verdad —dijo mi abuela—, me ha extrañado mucho tu larga estancia. ¿No te has aburrido sin hacer nada?

—No.

—¿La echas de menos?

—¿A Elena? La verdad es que no me la quito de la cabeza.

Cambió de tema. Mi abuela nunca se entrometía en la vida de nadie. Ni daba consejos que no le solicitaban. En sus libros primerizos, antes de crear a Albertina, se defendía que los humanos pueden cambiar si se lo proponen, los personajes gozaban de libre albedrío, y era frecuente encontrar en sus páginas a una persona mayor y sabia aconsejando y guiando a los jóvenes inexpertos y también intervenían hadas y magos para alumbrarles en el camino de perfección. Eran libros pensados para los niños. Pero en la vida real, cuando soltaba la pluma, se revelaba como fatalista y defendía que no había manera de escapar al destino asignado por los dioses, y creía, como no sé qué filósofo griego, que todos tenemos nuestro daimon.

—Recuerda que la velocidad máxima en carreteras convencionales es de 70 kilómetros por hora —dije.

—¿Ahora son solo setenta? Siempre cambian las cosas a peor.

—Vas demasiado aprisa, abuela.

—¿Quieres perder el vuelo?

—No.

—Pues entonces cállate.

Por fin llegamos a la autovía. Mi abuela pisó el acelerador y rebasó enseguida la velocidad máxima autorizada.

—Te van a multar —dije.

Ya no tardaríamos mucho en llegar al aeropuerto de Parayas. Esa misma noche volvería a dormir en mi casa de Madrid. Adiós, pájaros canoros y verdes montañas de Cantabria.

—Y a partir de ahora, ¿qué piensas hacer con tu vida? —me preguntó mirándome con interés.

—Viajar.

—¿Por España?

—No.

—¿Por Europa?

—No se me ha perdido nada en Europa.

—¿Vuelves a América? Tampoco... ¿Asia?

—Esta vez voy más lejos?

—Más lejos.

—¿A dónde?

—Al fin del mundo.

—¿Al fin del mundo?

—Sí, al fin del mundo... ¿Qué te parece? ¿Te gusta la idea?

—Pues no sé qué decirte. Nunca he estado ahí.

ONCE

Pasaron los años. Hice esto y lo otro. Estuve aquí y allá. Y en todas partes continué a mi manera fiel a aquel amor imposible.

Después de tantas muertes en mi familia me había convertido sin pretenderlo en una especie de heredero universal. Todos me dejaron su fortuna. De profesión, heredero universal. Cuando un vendedor de lotería me abordaba en la calle mostrándome sus décimos, yo le decía amablemente: «Véndeselos a los pobres, yo ya soy millonario». Por lo general entendían que aquello era una negativa y me dejaban tranquilo. Pero aquel vendedor, especialmente terco, debió ver en mí un comprador facilón y se me pegó como una lapa, cantándome la belleza de un número que terminaba en trece. Apreté el paso, pero no conseguí dejarlo atrás. Era diciembre y hacía frío. Harto de su compañía calle abajo y de su cantinela, le compré todos los décimos que traía encima. Una serie completa. Fue el año en que me tocó el gordo de Navidad con un número que terminaba en trece. Pero de ninguna manera me sentía orgulloso. Mi fortuna no tenía ningún mérito y, además, la había recibido a un precio muy caro, la muerte de mis mayores, quienes por cierto me habían enseñado con su ejemplo el altruismo y el tener presente el bien ajeno.

Para no sentir remordimientos por mi vida inútil, acabé creyéndome que gastar con liberalidad era también una forma de filantropía.

Si Elena no hubiera muerto puedo asegurar que hoy podríamos ser padres de una familia numerosa, pues no hay hijos mejores en todos los sentidos que los hijos del amor. Ella quería tener muchos hijos y yo también. Muerta ella, no quise fundar una familia con otra mujer.

La última vez que soñé que Elena seguía viva llevaba una prenda de terciopelo rojo con capucha y estaba bailando la sardana frente a la Sagrada Familia.

En los sueños hay un apuntador o un guía turístico-onírico que, con su voz en off, explica al soñador dormido los paisajes, personajes y contenidos del mundo que sueña. Fue él quien me reveló que la chica más llamativa del corro, la que iba vestida de Caperucita Roja y de la que era imposible ver con claridad sus facciones, era Elena; y yo, durmiendo, experimenté una alegría inmensa: estaba viva y su caída mortal en la escalera de caracol solo había sido un mal sueño. Cuando desperté y recordé que estaba muerta, rompí a llorar.

Cierto es que hubo muchachas especiales que llegaron a interesarme. Pero interesarse no es amar. Si alguna empezaba a gustarme cada vez más, decidía interrumpir el proceso del enamoramiento y dejaba de buscarla. Eran capaces de agradarme, de seducirme, pero no hubo ninguna, ni siquiera las más bellas, que me hicieran conocer por segunda vez ese amor súbito que sentí por Elena la primera tarde en que la conocí cuando me abrió la puerta del casarón y yo, flechado y cursi hasta la ridiculez, la llamé «ángel implume».

Literalmente, me sentía casado con un fantasma y, lo confieso, nunca me ha atraído la promiscuidad y, a mi manera, sigo considerándome un monógamo incorregible.

Malgasté el tiempo. No estaba muy orgulloso de mi vida, una sucesión de frivolidades. Pondré unos pocos ejemplos: también yo, como el pobre Paco, corrí en los sanfermines, pero salí

indemne. He dado la vuelta al mundo un par de veces, y si me gustó muy poco en la primera vuelta, en la segunda todavía menos. Visité África para ver baobabs. Y en esa misma semana llegué al aeropuerto de Don Muang a las cuatro y media de la madrugada. ¿A qué había ido a Bangkok? Cuando el taxi tomó una autopista de seis carriles para llevarme al centro de la ciudad, me pregunté qué demonios se me había perdido en Tailandia. De mis recuerdos en ese país destaco tres: un paseo en barco por el río Chao Phraya, un típico masaje thai con presiones y estiramientos que me dejó totalmente indiferente y, al día siguiente, un segundo masaje, infinitamente más satisfactorio, de los conocidos como masaje de final feliz.

También recalé en la India, no para iniciarme en el hinduismo o el budismo, ni para entrevistarme con faquires y santones, sino para admirar a las bellas bayaderas de Bollywood de la mano de un productor de cine de Bombay que había conocido en un avión.

Como viajaba caprichosamente y no daba cuenta a nadie de mis andanzas, me informaron con mucho retraso de la muerte de mi abuela.

Regresé a mi casa de Madrid.

No fue en una librería, sino de una famosa cadena de supermercados donde vi, en la sección de libros, una enorme pila de ejemplares que la gente compraba con entusiasmo. Era la última novela de mi abuela, recién publicada. La compré y la leí de un tirón. En el prólogo me mencionaba a mí, el nieto que le había rogado que salvara a Albertina. Era la mejor novela de la serie. Albertina seguía viva, pero habían concluido para siempre sus desternillantes aventuras.

Cierto día volví a pasar por aquella pequeña agencia donde se daba información sobre los cursos de paracaidismo. Esta vez la atendía una chica y entré.

Lo confieso, me gusta que me atiendan las chicas. Una vez, en la caja de un supermercado, la cajera antes de pagar me ofreció una enorme empanadilla de atún que tenía junto a ella. No me gusta el atún, pero se la compré porque era una chica, y se la di a un gato vagabundo y esquelético, que, como el del cuento de hadas, se puso las botas.

Esta vez entré en el pequeño local y también hice lo que la chica quería y me apunté ahí mismo a un curso de paracaidismo.

Contra mi costumbre me tomé el asunto en serio. Hice muchas prácticas en todo tipo de paracaídas. Y aunque probé los rectangulares y los triangulares en forma de delta, me gustaba balancearme en las alturas con los paracaídas de velamen grande y en forma de paraguas.

Lo confieso, soy un tradicionalista.

Planear en el aire me recordaba no sé por qué a las exploraciones submarinas, con las que también disfrutaba. Cuando enganchado a las bandas del paracaídas y los brazos en alto manejaba los mandos y contemplaba los paisajes terrestres, o cuando braceando y moviendo las aletas bajo el mar buceaba sobre las madréporas y los corales durante mis viajes por las costas, me preguntaba por qué en un mundo tan bello como el nuestro no era posible una felicidad duradera.

Una mañana, en el bar del aeródromo, mientras mojaba un cruasán en el café con leche, escuché esta pregunta:

—¿Y tú qué harías por amor?

En la tele del bar se podía ver a una reportera callejera, micrófono en ristre, detener a los viandantes y formularles a todos, hombres y mujeres, siempre que fueran jóvenes, aquella pregunta en la que trataba de indagar hazañas y locuras por amor. Se notaba en los ojos de la reportera la esperanza de que alguno de sus casuales entrevistados le contara una historia de amor de esas que nos conmueven a todos. Incluso parecía elegir a los que tenían un aire romántico y aventurero. Esperaba a alguien dispuesto a hacer cualquier cosa por amor, o que ya la hubiera hecho y nos

hiciera partícipes de su divina locura. Pero las respuestas que obtenía eran anodinas o patéticas. Yo siempre había creído que el amor ocupaba un lugar primordial en la vida de todos nosotros. Me sorprendió desagradablemente el realismo mezquino de los entrevistados para quienes el amor parecía un asunto eminentemente práctico, como cotejar en el supermercado los pros y contras de un yogur respecto a unas natillas. Se veía que ninguno de ellos había sido todavía alcanzado por las flechas delirantes de Cupido, quien, según los clásicos, gobernaba sobre los hombres y sobre los dioses: todos, mortales e inmortales, eran sus víctimas agradecidas o desesperadas. Sólo unos pocos de los entrevistados confesaron alguna pequeña locura de amor. Yo me sentía capaz de realizar locuras infinitamente mayores.

Pagué la cuenta y salí a la pista con mis zapatillas deportivas y mi mono amarillo.

«Y tú, pobre desdichado, qué demonios harías por amor», me pregunté mientras avanzaba por la pista hacia el hangar. El avión estaba calentando motores.

Tan pronto como hube subido, despegó y muy pronto volábamos entre nubes. El instructor inició su plática habitual, dirigida sobre todo a los novatos: que si un salto tándem, que si un salto con caída libre acelerada, que si un salto de línea estática... Hablaba de saltos y paracaídas, de arneses, de gafas y altímetros. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. La idea más brillante que he tenido nunca y que de inmediato puse en práctica, tan buena era. Y cuando a doce mil pies de altura salté sin paracaídas (ni siquiera me puse la mochila) todos los ocupantes del avión se preguntaron consternados si lo había hecho a propósito o si había sido un descuido mortal.

Mientras caía al vacío, no grité y me limité a despedirme de este mundo de manera general y agradecida: «Adiós, nubes. Adiós, Sol. Adiós, cielo azul. Adiós, pájaros, seguid cantando junto al pozo. Adiós, Juan Ramón; gracias por tus versos. Adiós a todos y que seáis felices». Caía y caía, anhelando reunirme con ella esa misma noche.

Morí en el acto, claro. ¿Muerte súbita, parada cardiorrespiratoria, traumatismo por impacto en caída acelerada? Todavía no he leído mi certificado de defunción.

Por cierto, se me olvidó dejar una nota de suicidio, después de haberlas defendido con tanto entusiasmo.

Epílogo

El caserón cántabro, desde cuyos amplios ventanales y vidrieras de colores se pueden ver el jardín cada vez más descuidado y el bosque siempre umbrío, está en venta. No nos importan quiénes sean los nuevos dueños. En la aldea corren rumores de que la casa donde mi abuela escribió sus mejores novelas infantiles está encantada. Parece que tales rumores no favorecen su venta. La inmobiliaria ha vuelto a rebajar el precio. ¡La gente es tan asustadiza con las cosas de ultratumba!

Ahora siempre permanecemos juntos, Elena y yo, y recorremos las estancias vacías persiguiéndonos y fusionando nuestras sustancias nebulosas, blanquecinas y plasmáticas en un torbellino de amor. El caserón entero es el escenario de nuestras locuras. También jugamos al escondite y a huidas y persecuciones, corriendo y levitando. A veces nos besamos suspendidos en el aire, como colibríes, y otras veces, en pleno vuelo, capturamos las sábanas que protegen los muebles del polvo y nos cubrimos con ellas, disfrazándonos de lo que somos. Si quieren comprar la casa con nosotros dentro, que lo hagan. No somos espíritus medrosos, ni tampoco pretendemos causar miedo a nadie. Somos inofensivos, como las mariposas, como las veloces y juguetonas golondrinas, que a veces juegan con nosotros colándose entre los cristales rotos del desván. No somos nada ni nadie, no pertenecemos a ningún mundo.

Lo confieso, sólo somos dos fantasmas... ¡Pero dos fantasmas enamorados!